

Unidad 5

- ANTROPOLOGÍA EXPERIMENTAL

EL MÉTODO COMPARATIVO

Sin duda es cierto que la "antropología social no puede experimentar". Pero esta misma limitación afecta a determinadas ramas de la ciencia natural, como la astronomía y la geología. En ellas, como en las ciencias humanas, la inducción artificial de variaciones en los fenómenos es reemplazada por la observación de fenómenos variables. Estudiamos variaciones, halladas y buscadas en los datos de la observación, y los relacionamos de suerte que puedan salir de ellos regularidades generales.

Este equivalente del experimento en el estudio de la sociedad se llama habitualmente, de manera un tanto vaga, método comparativo.' Porque la comparación como tal no es más que la manipulación de material que puede rendir conocimientos importantes. La comparación necesita refinamientos posteriores -selección planificada y comprobaciones o controles rigurosos- para acercarse a la seguridad de un método cuasi-experimental. Estos refinamientos los ofrece el estudio de las "variaciones concomitantes", formulado por J. S. Mill como uno de los métodos de investigación inductiva, y elevado por Durkheim a principio fundamental de la investigación sociológica. En esencia, designa el análisis de las situaciones sociales que ya a primera vista son comparables, es decir, que parecen compartir ciertas características (modos de acción, relaciones) al mismo tiempo que difieren en otras, o compartir sus características comunes con cierto grado de diferencia. Esta impresión a primera vista se hará más precisa al mostrar en qué medida las uniformidades o las diferencias en cualquier característica determinada van acompañadas por, o se relacionan con, uniformidades o diferencias en otras características.¹ De ahí podemos, finalmente, aislar las relaciones invariantes entre hechos sobre las cuales tiene que descansar toda explicación científica..

Las variaciones concomitantes no significan exactamente lo mismo en la Lógica de J. S. Mill que en el tratado de sociología de Durkheim. Para Mill, proporcionan la precisión cuantitativa de que carecen sus otros métodos experimentales -los métodos de concordancia y de diferencia- que únicamente muestran la ocurrencia o no ocurrencia de un fenómeno particular de conformidad con la ocurrencia o no ocurrencia

¹ "El experimento no es... sino el método comparativo cuando los casos que se comparan se producen a voluntad y en condiciones controladas" (Talcott Parsons, 1937, p. 743).² J. S. Mill (1875), vol. E. Durkheim (1927), pp. 163 ss.

de otros; mientras que Durkheim también incluye variaciones del segundo género, es decir, cambios cualitativos en la situación. Algunas veces el método de Durkheim se aproxima a las variaciones puramente cuantitativas todo lo que es posible en investigación social, por ejemplo, en su clásico estudio sobre el suicidio, donde relaciona la frecuencia del suicidio (entre otras cosas) con la preponderancia de diferentes sectas en las sociedades dadas.' Pero con frecuencia el método de Durkheim es cuantitativo sólo en sus preliminares, en la recolección y valoración de los datos, y cualitativo en sus resultados finales. No podemos interpretar de otra manera la especie de estudios que se proponía: estudios relativos a los cambios que ocurren, en sociedades o fases históricas diferentes, en la formación de la familia, en las prácticas del matrimonio, en las normas morales o en los credos religiosos, etc. Aquí, pues, la cuestión está en demostrar la "concordancia" invariante (o lo contrario) entre el fenómeno social investigado y las circunstancias en que aparece, desaparece, o aparece en una forma particular.

Puede argüirse, a lo que me parece, que este significado lato de "variaciones concomitantes" es legítimo, y que los métodos "cualitativos" de Mill en realidad sólo equivalen a una aplicación especial, y quizás más tosca, del punto de vista "cuantitativo"; porque la ocurrencia o no ocurrencia de los fenómenos puede considerarse que constituyen variaciones cuantitativas, aunque aquí están, por decirlo así, en un máximo y un mínimo y son del tipo de todo-o-nada. Como quiera que sea, parece claro que en la investigación social no pueden separarse los dos. Por una parte, no podemos pasarnos sin el experimento "más tosco", y hemos de Para distinguir estas "relaciones invariantes" empíricamente establecidas de las relaciones lógicas (es decir, de las relaciones de implicación) podemos enunciar nuestra fórmula de manera más cuidadosa diciendo: Donde está Allí está B. Pero en el caso presente no parece probable una confusión de esa especie.tener en cuenta la presencia, la ausencia o los cambios de los hechos sociales particulares (instituciones, formas de agrupación, etc.) tan a menudo como la frecuencia, el predominio o la seguridad con que aparecen los modos de acción. Y por otra, cuando hablamos de "presencia" de una institución o de una forma de agrupación, hablamos implícitamente del predominio de los respectivos modos de acción; de suerte que nuestras variaciones cualitativas siempre ocultan variaciones cuantitativas, aunque es innecesario expresarlas en esta forma, si no imposible hacerlo con alguna precisión. Así, pues, en las páginas que siguen entenderemos las "variaciones concomitantes" en el sentido más amplio; además, estructuraremos nuestras correlaciones en la forma de todo-o-nada, dejando a un lado la alternativa cuantitativa.

Ahora bien, el método de las co-variaciones presupone tres cosas. En primer lugar presupone, en un sentido técnico, una hipótesis o conjetura- preliminar en cuanto a la clase de correlación que probablemente resultará de importancia. Ya hemos destacado el papel que juegan estas previsiones de la importancia en todas las formas de investigación científica, y ahora podemos añadir que la serie de co-variaciones que nos proponemos examinar puede verificar o no esas previsiones; la mayor parte de las veces empezaremos llevando varias de esas posibilidades en las mentes; pero sin esas anticipaciones nuestro método experimental estaría obligado a la "observación completa" de todos los hechos, que es al mismo tiempo inútil e imposible.° En segundo

lugar, el método de las co-variaciones implica el postulado general de que las situaciones sociales no están formadas de elementos fortuitos, sino de hechos que se agrupan por un nexo significativo o por una adecuación intrínseca; pues si no es así, es inútil, evidentemente, buscar alguna concomitancia en las variaciones que, pueden experimentar los hechos sociales.²

Mi tercer punto se refiere al hecho de que el estudio de las co-variaciones está ligado a juicios sobre la identidad o la diferencia de los hechos sociales. Además, esos juicios tienen que ser tales que pueda haber una conformidad general entre ellos, a no ser que el estudio de las co-variaciones se reduzca a los cálculos personales de los observadores individuales. Que podemos formular esos juicios, sin ayuda de los tubos de ensayo ni los manómetros del científico de la naturaleza, no lo negará nadie; que también cometemos errores o no llegamos a un acuerdo, tenemos que admitirlo. Pero eso no es todo. El estudio de las co-variaciones está ligado, de manera aún más específica, a juicios sobre analogía e identidad parcial, ya que el concepto mismo de las variaciones implica una identidad de los hechos que permite, sin embargo, cierto grado de diferencia. Ahora bien, los juicios sobre la "identidad total" son mucho más convincentes y más agradables de manejar que los juicios sobre analogía. Innecesario es decir que hasta la "identidad total" no es más que una aproximación, válida en un nivel dado de análisis y adecuada sólo para "todos los fines prácticos"; esto es, para todos los fines que los observadores llevan en las mentes; aún así, deja menos margen para la disconformidad que la especie de apariencia que todos los observadores admiten al principio, que implica sólo identidad parcial (es decir, analogía). Porque surge al mismo tiempo la cuestión de si las cosas y los acontecimientos que se duplican mutuamente en ciertos aspectos, pero no en otros, lo hacen en aspectos importantes, de suerte que en realidad podamos hablar de una identidad, "esencial". Evidentemente, de acuerdo con mi criterio de importancia, puedo considerar los fenómenos análogos como la misma cosa modificada, mientras otra persona puede verlos como "esencialmente" diferentes. Las fronteras de toda supuesta identidad "esencial" son, naturalmente, prescritas por los conceptos que elaboramos para las clases de fenómenos y por los nombres que les damos; así, si estamos de acuerdo en llamar a ciertos fenómenos análogos con el mismo nombre -digamos "matrimonio", o "derecho", o "medio de cambio"-, también lo estamos, por implicación, en que sus características importantes no han sufrido cambio. Pero se afirma con demasiada frecuencia que esos dos acuerdos no necesitan coincidir y que la supuesta identidad esencial de los fenómenos es una identidad "sólo de nombre".

La solución posible es una solución de clasificación, y de ésta hemos hablado ya por extenso. Añadamos sólo lo siguiente. La identidad de nombre es una identidad importante, por limitada que pueda ser; por lo menos, a no ser que el nombre común haya sido puesto o sea usado arbitrariamente, representa algún aspecto de los fenómenos que hemos llegado a considerar suficientemente fundamental para pasar

² Esta importante limitación de los "métodos experimentales" de J. S. Mill ha sido subrayada por Cohen y Nagel (1939), pp. 143, 147, 153.

por generalización de él a la esencia o significado de todo el fenómeno y convertirlo en base del nombre común. En definitiva, somos nosotros quienes juzgamos de esa importancia, como es la historia de nuestra disciplina la que guía nuestros juicios o nos los impone; y aunque esa historia ha sido azarosa muchas veces, también ha producido acuerdos de gran alcance. Muy bien puede haber incertidumbres de nomenclatura; pero también hay, como sabemos, una prueba decisiva para corregir las ambigüedades, a saber, la referencia a las "operaciones" observacionales e intelectuales- que intervienen en la elaboración de nuestros conceptos y de sus nombres? Y en este sentido el matrimonio es "matrimonio", sea cualquiera la forma en que se presente, si la palabra está usada en su sentido operacional (y admitido) de relación duradera entre un hombre y una mujer, que implica intimidad sexual y cuidado de la prole; las cosas que llamamos "medio de cambio" o sistema de derecho son siempre y en todas partes modos de conducta idéntica en rasgos importantes, si es que esas expresiones tienen algún sentido operacional.

Suponiendo, pues, que podemos proceder con razonable exactitud en un análisis tan ligado a juicios de identidad y analogía, es evidente que podemos seguir diferentes líneas de ataque. Podemos, con Durkheim, distinguir las tres aplicaciones siguientes del método de las covariaciones.

- 1) Podemos estudiar una sola sociedad en un tiempo dado y analizar las grandes variaciones que en los modos de acción y en las relaciones particulares tuvieron lugar en aquella sociedad .0
- 2) Podemos estudiar varias sociedades de naturaleza análoga en lo general, pero que difieren en ciertos modos de acción o en ciertas relaciones; dicho con más precisión, podemos comparar bien sociedades diferentes y quizás contemporáneas, o bien la misma sociedad en diferentes períodos, si éstos presentan algún cambio cultural limitado.
- 3) Podemos comparar varias, quizás muchas, sociedades, de carácter muy diferente, pero que comparten alguna característica idéntica; o diferentes períodos que ofrecen un cambio radical en la vida de la misma sociedad. El rasgo "idéntico" puede ser un modo específico de acción, o una relación, de suerte que podemos investigar circunstancias concomitantemente idénticas en las diversas situaciones (como si, por ejemplo, comparamos los gremios de oficios de un Estado del África Occidental con los de la Europa medieval); o puede ser un rasgo de los hechos ubicuos de la existencia social, sólo "esencialmente" idéntico, de modo que pudiésemos intentar poner en relación sus formas variables con las circunstancias.

La palabra importante es "grandes"; porque nos referimos a las divergencias importantes en la conducta del grupo, ya esté institucionalizada o no (por ejemplo, la frecuencia de los delitos o del suicidio, la distribución de la pobreza y la riqueza, diversas prácticas sociales, movimientos políticos y religiosos, etc.). No nos referimos a la variabilidad individual de la conducta que aún cae dentro de la "curva normal" de distribución. El papel que representa esta última lo examinemos más

adelante.edificadas en que aparece (como si, por ejemplo, estudiamos la institución del matrimonio en épocas o culturas diversas).,

Estas son diferencias en el punto de vista y en el campo de interés, y en la práctica nos concentraríamos en una *o en otra; pero las tres aplicaciones del método de las co-variaciones no pueden, creo yo, ser consideradas como líneas de investigación separadas e independientes. Es cierto que la tercera, de mayor alcance, es considerada muchas veces como campo de una disciplina especial que Durkheim, Weber y Radcliffe-Brown han llamado "sociología comparada" 10 Yo no admitiría esta distinción; más bien consideraría el campo de la "sociología comparada" como típico de la investigación social, y las aplicaciones como fases o pasos de ésta. Aun cuando inicialmente nos interese sólo una sociedad y la aparición en ella de un hecho social particular (que deseamos "explicar"), nuestra investigación de las co-variaciones capaces de iluminar nuestro problema nos llevará muchas veces más allá de aquella sociedad, a otras parecidas o diversas, ya que la sociedad dada puede no ofrecer un margen suficiente de variaciones. Asimismo, las regularidades que podemos extraer de comparaciones de alcance reducido son ellas también de aplicabilidad reducida; ofrecerían fenómenos específicos presentes sólo en un número limitado de sociedades, tales como el matrimonio concertado por el pago del precio de la novia, el homicidio cancelado mediante la venganza de sangre, o grupos de edad que organizan a los adolescentes. Mientras que en las comparaciones numerosas y amplias tratamos con las clases ubicuas de los hechos sociales, que son rasgos de la sociedad humana en general: el matrimonio como tal, el derecho como tal, la organización de la adolescencia como tal. Según veremos, esas comparaciones extensas ofrecen un atajo para llegar a las leyes o regularidades que buscamos. Pero sean cualesquiera las leyes que podamos descubrir de ese modo, evidentemente abarcarán el tipo de hechos descubrible mediante las variaciones más reducidas; de modo que, en este sentido, la tercera aplicación del método de las co-variaciones representa la síntesis de las pruebas obtenidas con la primera y la segunda.

El que orientemos o no nuestro estudio hacia esa síntesis, depende, como ya he dicho, del campo de nuestro interés. Pero fácilmente puede verse que para esas investigaciones extensas el contenido de la antropología -la sociedad primitiva- presenta una serie de datos para la comparación y una de las situaciones variables en qué pueden aparecer los hechos sociales. Es, también, una situación particularmente fructífera y útil. Por una parte, la comparación de sociedades adelantadas con sociedades primitivas ofrece la sugestiva combinación de diferencias extremas con características "esencialmente" idénticas. Además, en el nivel de las sociedades primitivas está muy reducida una de las principales dificultades técnicas que obstaculizan el estudio de las co-variaciones, a saber, la dificultad de perseguir las variaciones en multitud de hechos co-existentes. En las sociedades primitivas, en que los grupos son relativamente pequeños, y los modos de vida menos complejos, y donde una historia sin cambios ha dejado sus acumulaciones de bienes culturales, el campo de los hechos sociales es más fácilmente dominado. Así, la comparación con las sociedades primitivas puede poner de relieve rasgos importantes que, en las sociedades adelantadas, muchas veces están obscurecidos y sugiere hipótesis de correlaciones que de otra manera no se verían con la misma facilidad. No es nada extraño, pues, que

la antropología se haya convertido casi en un laboratorio para el estudio cuasi-experimental de los fenómenos sociales, que todos los estudiosos de la sociedad han estado dispuestos a utilizar."³

Pero no faltan advertencias de que esas comparaciones muy amplias implican una falta de seguridad- peligrosa. Tal es el argumento familiar según el cual los hechos sociales no deben ser arrancados de su contexto y que pierden todo sentido si se hace eso. Esto significa, manifiestamente, que si estudiamos los hechos sociales en el aislamiento artificial que entraña una comparación y que crece con su alcance, no podremos hablar inteligiblemente de ellos, porque se habrá perdido en el proceso algo único, que les pertenece en su contexto dado solamente. Si esto fuera cierto, y si, en consecuencia, la "sociología comparada" fuese metodológicamente falsa, las explicaciones sociales tal como nosotros las entendemos serían imposibles. El optimismo acerca de los límites marcados a una investigación científica no es, naturalmente, base suficiente para suponer su validez. Pero estoy convencido (como lo están otros muchos) de que nuestro punto de vista está afianzado por algo más que el optimismo. Al contrario, puede acusarse a los escépticos de derrotismo y de exagerar obstáculos puramente técnicos. El antropólogo (o cualquier científico) cuyo lema es "no separarse nunca de los contextos", ignora que poseemos medios intelectuales para aislar los elementos de su marco sin ninguna pérdida desastrosa de significado., Claro que muy bien puede haber alguna pérdida; esto se deduce de nuestro postulado según el cual los hechos sociales "están unidos por un nexo significativo". Pero también sabemos que ese nexo no lo abarca todo, y que no todas las conexiones son de la misma importancia, de modo que hay algunas que pueden ser dejadas de lado en el estudio de cualquier hecho. El contexto de la habitación en que escribo, de la calle y la ciudad en que vivo, evidentemente es único y diferente del contexto en que otros autores han escrito sobre el mismo asunto; pero las ideas que expresamos toleran la comparación a pesar de eso. Y en realidad, puesto que cada contexto está constituido dentro de otro más amplio, el supuesto de que contexto y marco son todopoderosos significaría que todo es único, y que nunca podrían aislarse los hechos; pero, evidentemente, podemos quedarnos muy lejos de los límites del universo. Hay una falacia manifiesta en la actitud personal que, para citar a Cohen, concibe todos los hechos únicamente "determinados por el contexto en que ocurren, y esto tiende a llegar a la conclusión lógica de que el conjunto del universo es el verdadero asunto de toda proposición importante"; porque esa opinión "sub-valora sistemáticamente la importancia de la abstracción y hace escasa justicia a la independencia relativa de las diversas partes del mundo"⁴.

³ Cf. E. Durkheim (1927), p. 167; Max Weber (1947), p. 88; A. R. Radcliffe-Brown (1931), p. 17.

⁴ La comparación entre el campo antropológico y un "laboratorio" de investigación social ha sido hecha muchas veces; cf. por ejemplo D. Forde (1947), p. 1; M. J. Herskovits (1948), p. 79.

TÉCNICA

La fórmula básica, "Si A, también B", a la que tienden todos los métodos experimentales, surgirá de co-variaciones de dos clases diferentes. En la primera, la presencia o la ausencia de un hecho social determinará la presencia o la ausencia respectivamente de otro, de suerte que podemos extraer una correlación directa o paralela; en la segunda, la presencia de un hecho determinará la ausencia del otro, de modo que la correlación es inversa. Hay que advertir, sin embargo, que puede ser cuestión sólo de punto de vista o de conveniencia el que enunciemos una correlación en forma paralela o en forma inversa, porque la "ausencia" de un hecho social particular muchas veces puede ser expresada positivamente, como "presencia" del hecho opuesto (p. ej., en vez de decir que la presencia de una emergencia nacional va de la mano con la ausencia de conflictos internos, podemos decir que va de la mano con una solidaridad social acentuada). Expresado esquemáticamente, en la forma de "todo-o-nada", obtenemos estas dos fórmulas (el índice 0 significa la ausencia del hecho en cuestión).

A.....con (XYZ).....con B A.....con (XYZ).....con B⁰

A⁰.....con (XYZ).....con B⁰ A⁰.....con (XYZ).....con B

Estas correlaciones están muy simplificadas, no sólo porque operan nada más que con dos co-variantes, sino porque dejan indefinido el "marco", las circunstancias en torno, en que ocurre la covariación. La principal dificultad que implica nuestra técnica experimental está precisamente en definir esas circunstancias en torno y su efecto sobre las correlaciones que extraemos. En el caso más sencillo, las circunstancias en torno serán idénticas, como sucederá si elegimos el primero y segundo caso arriba mencionados.

En vez de

Especificamos:

A.....con (XYZ).....con B

A.....con (PQR).....con B

Aquí, pues, tenemos una marcada distinción entre "rasgos de fondo" (que permanecen invariables) y los factores importantes (las "co-variantes"). Pero subrayemos otra vez que somos nosotros quienes produimos ese marco idéntico por conveniencia o comodidad, de modo que nuestra hipótesis inicial pueda ser verificada con relativa facilidad, y quizá para que dicha hipótesis tipo pueda presentarse por sí misma. No podemos suponer que los "rasgos de fondo" sean en realidad insignificantes para nuestra correlación; nosotros sólo elegimos nuestras condiciones de suerte que podamos dejar a un lado esos rasgos adicionales. Ésta es la situación familiar de

ceteris paribus que, aunque simplifica el análisis, puede ocultar también co-variantes insospechadas, y así limita la validez de nuestras correlaciones.

Supongamos que en la sociedad primitiva que estudiamos inicialmente los grupos masculinos de edad aparecen al mismo tiempo que la guerra tribal regular. Esto nos impresionaría como una conexión significativa, porque una organización eficaz para la guerra implica una disciplina rígida y tan fuerte esprit de corps, cosas ambas que en efecto suministran los grupos de edad. Entre éstos y la guerra hay, pues, un "ajuste", y supondremos que la coexistencia de estos dos rasgos probablemente es una relación invariante. Probablemente no encontraremos la prueba negativa requerida en la misma sociedad, y por lo tanto nos dirigiremos a otras análogas (en el mismo nivel tecnológico, con la misma organización parental, etc.) en que podemos encontrarla. Suponiendo que nuestra

Especificaremos hipótesis es confirmada por todos los casos examinados, aún estaría garantizada sólo por esas condiciones similares. Si buscamos una correlación de validez más amplia, tenemos que extender nuestro campo de investigación a sociedades en que los "rasgos de fondo", también, aparezcan cambiados; y aquí podemos (o no podemos) encontrar que, al cambiar el nivel tecnológico o el sistema parental, falla nuestra correlación. Puede ocurrir, por ejemplo, que las sociedades inicialmente examinadas posean todas sistemas de clanes rígidamente segmentados, y que en las sociedades divididas en clanes de una manera laxa no coincidan los grupos de edad y la guerra. En otras palabras, el sistema de clanes resultaría una covariante, de suerte que nuestra simple correlación uno-para-uno tiene que ser substituida por una correlación múltiple.

Nos veríamos obligados a revisar los rasgos de fondo también en otro caso, a saber, cuando las co-variaciones no confirman nuestra hipótesis inicial. Esto sólo puede querer decir, naturalmente, que nos equivocamos al hacer aquella suposición. Pero si únicamente no podemos verificar nuestro supuesto con toda la amplitud que esperábamos (o si creímos en nuestra hipótesis 'a ojos cerrados'), revisaremos los hechos cuya identidad dábamos por sabida; porque pudimos habernos fiado de una identidad demasiado superficial o haber dado demasiado poca importancia a alguna semejanza. Por ejemplo, pudimos creer esencialmente idénticas las sociedades que examinamos, porque en todas había la división en clanes; por lo que ahora resulta, debimos distinguir entre la segmentación rígida en clanes y la variedad menos pronunciada, y esta omisión explica el fracaso de nuestra correlación. Y si perseguimos esta nueva, y ahora múltiple, correlación hasta más adelante, podemos hallar que los grupos de edad van de la mano con la segmentación rígida en clanes, aun en ausencia de la guerra regular.

En las condiciones de nuestro ejemplo, y expresadas sistemáticamente para tres co-variantes, pueden ocurrir en principio los dos grupos siguientes de correlaciones múltiples:

A.....con P.....con B

A.....con P⁰.....con B

A.....con P.....con B⁰

A.....con P⁰.....con B

A.....con P.....con B⁰

A.....con P.....con B

Las tres fórmulas primeras indican que los grupos de edad (A) existen sólo si los otros dos factores (P, B) -segmentación rígida en clanes y guerra- están presentes, y no existen si está presente uno solo. Los dos factores son, pues, determinantes complementarios del hecho sometido a estudio. El segundo grupo de fórmulas indica que los grupos de edad existen cuando está presente uno u otro de los dos factores, de suerte que éstos parecen determinantes alternativos. En este último caso es posible que en presencia de los dos determinantes alternativos el hecho sometido a estudio refleje este doble nexo, apareciendo éste pronunciado con más fuerza que cuando está presente un solo determinante; por ejemplo, los grupos de edad pueden en este caso presentar una organización más rigurosa; esta última posibilidad la representa el signo más en la última fórmula.

Estoy empleando aquí la palabra "determinante" en un sentido un tanto inexacto. Suponiendo que los grupos de edad no existen nunca sin guerra tribal, mientras ésta puede ocurrir sin grupos de edad, evidentemente llamaremos a la guerra un determinante de la presencia de los grupos de edad. Si, por otra parte, los dos actos van siempre juntos (*ceteris paribus*), parecen determinarse mutuamente, y son interdependientes, sencillamente. Y si aún llamásemos a la guerra el determinante y a los grupos de edad lo determinado (como probablemente haríamos), esta interpretación se derivaría del conocimiento que poseemos independientemente de la situación analizada, a saber, del conocimiento general de que la guerra probablemente es de algún modo el factor primario, la cosa que necesita, y los grupos de edad la cosa que satisface la necesidad. Pero esta cuestión afecta a una más amplia, a saber, la posibilidad de interpretar las relaciones de interdependencia en términos de causalidad.

Ahora bien, podemos desear perseguir nuestras correlaciones múltiples hasta mucho más lejos y examinar la especie de cosa en que se convierten los grupos de edad en las sociedades que no operan con segmentación en clanes, pertenecientes a un nivel tecnológico diferente, y quizás no organizadas ya para la guerra, o para un tipo particular de guerra.. En definitiva, llegaríamos a las extensas regularidades de que hemos hablado, que gobiernan no la especie "grupos de edad", sino el género "organización de la adolescencia" en culturas muy diferentes y hasta en la Sociedad en general. Pero, como ya he dicho, hay un atajo. Porque podemos dejar a un lado los marcos diferentes, para atender sólo a dos cosas: el hecho social cuyas variaciones queremos estudiar, y el rasgo o serie de rasgos que suponemos que es su correlato.

Aquí, el XYZ de nuestra fórmula original significa literalmente XYZ, es decir, "rasgos circundantes" desconocidos; todo lo que, 'sabemos es que difieren en los diferentes ejemplos que examinamos. Por lo tanto, ya no podemos distinguir ab initio entre rasgos de fondo invariables y co-variantes, y tenemos que confiarnos en absoluto a nuestra hipótesis o conjetura inicial.

El hecho de que dejemos sin analizar los diversos rasgos circundantes no menoscaba la validez de las correlaciones que hemos extraído. Por el contrario, porque la correlación es establecida para una serie de situaciones indefinidas es por lo que podemos esperar que se dé también en otras muchas, y quizás en la "sociedad en general". La única condición que hay que llenar es que los casos que suponemos ser diversos no oculten alguna uniformidad insospechada. Hablando paradójicamente, nuestras co-variaciones presuponen la condición de *ceteris imparibus*. Por ejemplo, si examiné la correlación entre la presión de la población y la emigración, tengo que excluir, evidentemente, la posibilidad de que todos los casos de presión de la población son también casos, digamos, de una economía de subsistencias, o de una organización familiar basada en la primogenitura, eliminando de la herencia a los hermanos menores, induciéndolos así a emigrar. Sin embargo, no es probable que pasemos por alto esos determinantes adicionales; porque si en realidad existiesen, probablemente limitaría la validez de nuestra correlación, y encontraríamos casos de presión de la población que no coinciden con la emigración. Esta fuente de error se evita también tomando los casos al azar, es decir, precisamente con la elección de casos de todas partes que está implícita (por lo menos con frecuencia) en nuestras comparaciones de gran amplitud. Pero, evidentemente, la correlación que sospechamos puede aún no darse en todos los casos examinados, lo cual revela la presencia de determinantes adicionales. Ni quizás ignoraremos esa posibilidad al elaborar nuestra hipótesis inicial. En otras palabras, tenemos que estar de nuevo dispuestos a delimitar o revisar el XYZ de nuestra fórmula y operar con correlaciones múltiples⁵.

En las páginas anteriores dije que las correlaciones se establecen para "todos los casos estudiados". Es éste un modo vago de tomamos nuestros casos de sociedades primitivas, incluimos por lo menos un rasgo de fondo no modificado: la "primitivas" de la cultura (sea cualquiera el sentido de la palabra), caso en el cual la validas de las correlaciones está limitada por la presencia de esos determinantes adicionales potenciales.hablar. En efecto, no quiero decir todos los casos conocidos de una clase particular (que, desde luego, todos los casos que ocurren son posibles), sino únicamente aquellos de que tenemos conocimiento suficiente. Aun así, nuestras correlaciones resultarán ciertas muchas veces sólo para una proporción de casos numéricamente importante. Pero si éstos son bastante numerosos, podemos pretender haber establecido la probabilidad estadísticamente válida de que la correlación se dará también en los casos no examinados, o no analizados de modo tan completo, si son de la clase estipulada. Ahora bien, en la investigación antropológica podemos por el

⁵ *No siempre es esto así. Si nuestras comparaciones de gran amplitud corresponden a fases diferentes de una sociedad, los casos, evidentemente, son fortuitos, por extenso que sea el cambio cultural; y si, como antropólogos,*

momento especificar la "clase estipulada" sólo grosso modo a base de los análisis que hemos hallado suficientes. Esta suficiencia puede ser puesta en discusión por nuevos descubrimientos o por la revisión de los casos ya conocidos. Situaciones sociales que hasta entonces no hemos examinado pueden contradecir las regularidades que establecimos y obligarnos a buscar determinantes adicionales no sospechados ni aislados previamente. Estos tanteos son, desde luego, propios de toda ciencia en crecimiento. Pero en la investigación social ésta es menos cuestión de ampliar y profundizar nuestros conocimientos que de manipularlos cuando se haya ampliado de ese modo.⁶

En antropología estamos sólo empezando a ordenar nuestros datos para el análisis; operamos todavía con regularidades limitadas establecidas para series reducidas e inconexas de "casos examinados". Esas regularidades limitadas e inconexas tienen que ser unificadas y estructuradas en regularidades comprensivas, aunque no podemos prever todavía el resultado final. Podemos, sin embargo, prever una cosa: con cada ampliación y ahondamiento de nuestro análisis, las correlaciones simples se convertirán en múltiples, y éstas pueden llegar a ser tan complicadas que ya no puedan ser manejadas convenientemente, o ni siquiera concebibles. 14 ¿Nos veremos obligados, entonces, a seguir empleando correlaciones limitadas y toscas y no regularidades más ampliamente válidas y más refinadas? Tal es, por el momento, nuestra situación. Preferimos formular nuestras correlaciones en una forma sencilla de uno-para-uno y limitarlas mediante requisitos y excepciones, que incorporar éstos a nuestra fórmula; o limitamos la validez de nuestras correlaciones afirmando que sólo se dan, digamos, en las sociedades primitivas; o también usamos liberalmente esa "frase exculpante de los sociólogos: 'siendo iguales las demás cosas' ". Como diré más adelante, no podemos tener la esperanza de excluir por completo requisitos y excepciones del campo de la investigación social. Pero, ¿nuestras técnicas y nuestras formulaciones tienen que ser necesariamente tan toscas? Probablemente podemos esperar algún progreso en nuestra técnica de expresar las correlaciones múltiples y de elaborar conceptos que mantengan unidas las interconexiones complicadas. Estos conceptos nuevos tendrían que ser mucho más abstractos aún que algunos de los que ya usamos, tales como integración social, estabilidad social, o el concepto de un tamaño óptimo de los grupos. Pero su misma generalidad los vaciaría de todas las referencias particulares que nos parecen importantes si hemos de visualizar las clases de situaciones que representan. Así, tendremos que pensar de un modo nuevo; no sólo habremos de ampliar nuestros conocimientos, sino también de estructurarlos de un modo nuevo, dejando muy atrás la concreción y los rasgos que pueden ser visualizados. En qué medida o cuándo será esto posible, es cosa que tampoco podemos prever.

Para terminar, permítaseme ilustrar con un ejemplo concreto la técnica de investigación que estudiamos aquí. Se refiere a la importante relación que hay entre las generaciones no consecutivas y la familia, a la que ha prestado atención Radcliffe-

⁶ *Es interesante citar el siguiente comentario sobre las dificultades comparables encontradas en el análisis psicológico: "La mente, por decirlo así, no puede muchas veces seguir el paso de la enorme actividad de las interrelaciones" (J. P. Pavlov, 1927, p. 378)*

Brown. En muchas sociedades primitivas el abuelo y el nieto están en una relación particularmente íntima, amistosa y de igualdad, e implica esa familiaridad e irrespetuosidad privilegiada a la que los antropólogos han denominado "relación de familiaridad". Entre el abuelo y el nieto no hay ninguna de las actitudes disciplinarias ni exigencias de respeto que caracteriza a las relaciones entre padre e hijo y sus respectivas generaciones. A base de conocimientos generales sospechamos dónde pueden estar las condiciones determinantes de ese estado de cosas. Parecerían estar en el hecho de que el abuelo se halla, por su edad, en el límite de la utilidad social y, por su generación, en la frontera del grupo familiar efectivo. No tiene por qué exigir el respeto de la generación nueva, mientras que el padre, que dirige la familia y la educación de los jóvenes, debe hacerlo. La relación abuelo-nieto ofrecería, de ese modo, un alivio al severo ambiente de autoridad que de otro modo dominaría las relaciones entre el niño y los adultos de su familia.

Ahora bien, en un estudio de muchas comunidades nubas descubrí que esa hipótesis es confirmada por las co-variaciones que pude establecer. De diez tribus examinadas, en nueve las gentes viven en pequeños grupos familiares, cada uno de los cuales comprende una familia elemental de la que no forma parte el abuelo; material y socialmente, está fuera de esa unidad de vida. En todos los nueve casos el padre, cabeza del grupo, es también el jefe disciplinario, mientras que el abuelo y el nieto están en relación de familiaridad. En el décimo caso, las gentes viven en un gran grupo unido familiar cuyo jefe es el abuelo (o un hombre de la generación del abuelo); y allí el abuelo se muestra como el jefe de la familia disciplinario, autoritario, y no hay relación de familiaridad entre él y sus nietos. El padre, no siendo jefe del grupo, carece de la respetabilidad que da la autoridad, y él y sus hijos juegan juntos libremente y se tratan con una familiaridad que no existe en las otras tribus. Hasta aquí, la relación de familiaridad entre las generaciones no consecutivas parece manifiestamente correlata (en forma "inversa") con la asunción de la autoridad en el grupo familiar. Sin embargo, en dos tribus diferentes, entre los nupes y los gbaris del África Occidental, encuentro la misma organización familiar conjunta, gobernada por el abuelo, combinada con la relación de familiaridad entre sus generaciones no consecutivas. Pero aparece también este otro rasgo adicional: entre los nupes y los gbaris se cree que el nieto es la reencarnación de un abuelo muerto, se le da el mismo nombre y hasta se espera que se case con su abuela viuda en matrimonio nominal. El nieto y el abuelo vivo se tratan como iguales, porque lo son, en un sentido místico, y el joven trata al anciano del mismo modo familiar con que trata a sus compañeros de edad y, de manera más especial, a sus primos, con cuyas viudas también se espera que se casará. La relación de familiaridad, pues, aunque no es correlata con la organización familiar ni con la distribución de la autoridad en la misma, parece ligada a los determinantes "alternativos" de la creencia en la reencarnación y de la práctica de un levirato modificado. Con los resultados de nuestra breve investigación podemos formar la siguiente tabla, en que los signos de más indican la presencia, y los signos de menos la ausencia de los rasgos en cuestión:

Organización de familia conjunta	Jefatura del abuelo	Jefatura del padre	Reencarnación, levirato modificado	Relación de familiaridad	
				Abuelo nietos	Padre hijos
-	-	+	-	+	-
+	+	-	-	-	+
+	+	--	+	+	-

Añadimos que la correlación establecida para las nueve tribus nubas se da en los sistemas parentales patrilineales y matrilineales, aunque en este último los grados de parentesco implicados difieren algo, pues el hermano de la madre reemplaza al padre biológico, y el hermano de la madre de la madre está incluido entre los "abuelos". Y no afectan a la correlación otras condiciones sociales, como la ausencia o la presencia de un jefe, el sistema religioso particular (aparte de la creencia en la reencarnación) o la organización económica. En otras palabras, esas condiciones representan el XYZ de nuestra primera fórmula, o por lo menos lo representan para las sociedades estudiadas en este caso; tenemos que dejar aquí a un lado su posible importancia en otros "marcos" sociales.

LAS LIMITACIONES DEL MÉTODO

El método de las co-variaciones es aplicable sólo dentro de ciertos límites que hasta cierto punto se hacen evidentes por sí mismos. Los hechos sociales únicos (en cuanto nosotros sepamos) quedan claramente fuera de esos límites; también lo están los rasgos culturales universales. En un caso y en otro no existen más situaciones en que los hechos examinados reaparezcan o aparezcan en una forma modificada. Pero debiéramos hablar, más exactamente, de hechos sociales "en cuanto son" únicos y universales; porque la singularidad y la universalidad dependen del plano de abstracción en que se les considere. Puedo llamar un hecho único a la persecución de los judíos; pero la clase de hechos a que pertenece -la persecución de las minorías "raciales"- está representada por numerosos casos.- Algunos sociólogos eminentes han estudiado las relaciones entre el calvinismo y el capitalismo, aunque el calvinismo, por lo menos, es un dato histórico "único"; pero también se le puede considerar como un caso de una clase de hechos más amplia, a saber, la creencia en la predestinación. Además, el matrimonio o el derecho, tal como los hemos definido, son rasgos universales de las sociedades, pero sus formas especiales no lo son. Así, pues, en la medida en que un hecho social es considerado en sus aspectos único o universal, no puede ser "explicado"; por lo menos no puede serlo por el método que aquí estudiamos.

Y no podemos estar seguros de que todos los hechos sociales no únicos y no universales entran en co-variaciones. Siempre hay, en todo contexto social, rasgos fortuitos, adiciones accidentales a la red de interpelaciones. Es imposible decir en términos generales cuándo o dónde nos encontraremos con tales rasgos fortuitos; son, sencillamente, rasgos que eluden nuestros esfuerzos explicativos. Cuando hablamos de

"accidentes" y de casos fortuitos, al principio no definimos una clase particular de hechos ni decimos: aquí, y no allí, representan un papel los accidentes; antes no hacemos más que nombrar el residuo de la explicación. Dicho con más precisión, nombramos el residuo de las explicaciones dentro de una estructura de referencia dada; porque si modificamos o extendemos nuestra estructura, el "accidente" puede dejar de serlo. Así, al estudiar cualquier modo de acción, su contenido intencional sugerirá algún nexo con otras finalidades y permitirá el estudio mediante las co-variaciones; pero los detalles de ejecución característicos de esa tarea social, la forma o estilo de su realización, no serán susceptibles de un análisis orientado de este modo. Piénsese en el equipo de un poblado, que puede ser marcadamente correlativo con la organización política o parental, en comparación con la forma o el estilo de los edificios; o en un sistema de clases y jerarquías en comparación con las jerarquías particulares que existen y los símbolos y formas de etiqueta que las acompañan. En el último caso parecerá con frecuencia que la sociedad en cuestión ha operado una selección al azar entre muchas posibilidades, todas igualmente adecuadas para la tarea dada. Pero si extendemos nuestra estructura de referencia hasta incluir también factores psicológicos, la selección aparentemente fortuita puede resultar ella misma un caso de esta clase de regularidad. He dicho antes que esta extensión o cambio de nuestra estructura de referencia está en definitiva limitada por nuestros intereses y el "carácter corriente de importancia" que las cosas tienen para nosotros. Añadamos ahora que, tal como yo lo veo, hasta la estructura de referencia más amplia posible en la investigación social no eliminará el residuo accidental. Pero de esto volveremos a hablar. —

El método de las co-variaciones es limitado más gravemente por el hecho de que las situaciones requeridas pueden no existir, sencillamente, o puede no saberse que existen. Aquí, muchas veces nos sentimos tentados a formular por nosotros mismos las co-variaciones no existentes, es decir, a realizar "experimentos imaginarios". Permítaseme citar el siguiente pasaje de Max Weber. Al esbozar el campo de la "sociología comparada", dice: "Muchas veces, desgraciadamente, sólo se dispone del procedimiento peligroso e inseguro del 'experimento imaginario', que consiste en imaginar ciertos elementos y deducir las consecuencias probables." 11 Por peligroso e inseguro que sea este procedimiento, está justificado en ciertas situaciones marginales. Entiendo por situaciones marginales aquellas en que las variaciones posibles de las condiciones son tan limitadas y sus consecuencias tan bien conocidas, que éstas en realidad pueden calcularse con seguridad razonable. Esta limitación de la variabilidad se aplica especialmente a las circunstancias físicas y a las reacciones humanas a las mismas, cuando las últimas son de un orden tan elemental que pueden predecirse según los conocimientos generales poseídos. Esto es así, sobre todo, de las predicciones negativas, que expresan la certidumbre de que son imposibles ciertas variaciones. Así, puedo decir con seguridad que todos los sistemas de herencia deben hacer justicia, en cierta medida, a las diferencias de sexo, ya que una muchacha no puede nunca explotar plenamente el estado o posición que hereda de su padre, ni un hijo el de su madre, de suerte que las sociedades basadas en la descendencia matrilineal tienen que operar con la sucesión masculina vicaria, especialmente por el hijo de la hermana. O puedo afirmar que las sociedades sin tecnología maquinista y que dependen de un trabajo cooperativo de carácter físicamente enérgico tienen que organizar especialmente sus grupos de edad intermedios para la tarea, que no puede

dejarse ni a los muy ancianos ni a los muy jóvenes.

Pero démonos cuenta de que los conocimientos generales, que son base de nuestro razonamiento pueden ser de un carácter tan fundamental que nuestras conclusiones no pasen de ser meras perogrulladas. Sin duda alguna es evidente, y casi no vale la pena decirlo, que las sociedades tienen que reconocer la descendencia ya por la línea paterna, ya por la materna, o por ambas combinadas, y que no hay otra posibilidad. A la inversa, cuando estos conocimientos generales son menos seguros, los experimentos imaginarios fácilmente pueden descarriarnos. Cuanto más nos alejemos de las condiciones materiales elementales, más obligados nos veremos a discurrir sobre bases más o menos razonables, es decir, sobre la suposición de cómo obraría el "hombre medio" en las circunstancias imaginadas. Así, puedo decir que en las sociedades en que el coeficiente de natalidad o supervivencia masculina aventaja grandemente al femenino, no puede haber poliginia; pero de ninguna manera es imposible que esa práctica matrimonial predomine aún en las condiciones expresadas, ya quedando solteros muchos hombres o importando mujeres de fuera. Aunque no conozco ninguna sociedad que sea ejemplo de la primera solución, hay pruebas de la última.¹⁰

El siguiente ejemplo, que ilustra una vez más los peligros de los experimentos imaginarios, lo tomamos de Chapple y Coon, que enlazan el logro cultural de la "verdadera división de trabajo" (es decir, la especialización absoluta de los artesanos) con la cantidad de producción excedente que puede obtenerse en cierto nivel tecnológico.¹ Como esa especialización está ausente de las zonas ártica y subártica, los autores afirman que, cuando el medio ambiente impide la acumulación de un excedente, así como el transporte y el cambio fáciles, la especialización es imposible; probablemente, pues, en condiciones de vida que no permiten al individuo que produce alimentos obtenerlos en cantidad superior a sus necesidades mínimas, no podría reservar lo suficiente para un especialista que no fuese al mismo tiempo productor. En otras palabras, si esas comunidades árticas mantuviesen a especialistas de tiempo completo (situación imaginaria), no podrían mantenerse a sí mismas; de ahí que, según este argumento, no puedan tener especialistas de tiempo completo. Ahora bien, las conclusiones son plenamente válidas en un sentido empírico, en la medida en que se basen en datos observados; sin embargo, tenemos que rechazar, a lo que pienso, el "no pueden" del argumento. Éste se sostiene únicamente si el precario equilibrio entre la productividad total de la comunidad y sus necesidades mínimas de subsistencia no puede ser restablecido por otros medios, que aquí no estudiamos. Pero es concebible que la comunidad pueda deshacerse de los demás no-productores, como los ancianos y los enfermos, o de un número excesivo de niños, para mantener a los especialistas. Realmente, conocemos sociedades que viven en altos niveles tecnológicos y que mantienen especialistas de tiempo completo, por ejemplo un sacerdocio ocioso, no obstante la insuficiencia de las subsistencias. Aunque estas condiciones no se aplican a las comunidades árticas estudiadas, están dentro de lo posible y en consecuencia limitan la validez del "experimento imaginario"⁷.

⁷ -° S. F. Nade) (1942), pp. 8-9. La proporción de individuos de uno y otro sexo se refiere a la población

La imposibilidad de observar co-variaciones también puede ser cierta en un sentido más limitado. Si el "campo de nuestra investigación se limita a una sola sociedad, muy bien puede ocurrir que no tengamos ocasión de observar las situaciones modificadas re. queridas, o por lo menos de observarlas en escala adecuada. El hecho mismo de la institucionalización impide la no ocurrencia o la ocurrencia con grandes modificaciones de los modos de acción y de las relaciones que estudiamos. Así, se ha dicho que; si bien "el estudio de una sola sociedad puede... dar ocasión a hipótesis, que necesitan después ser comprobadas por referencia a otras sociedades, no puede dar resultados demostrados". Aunque esta conclusión indudablemente es exacta con frecuencia, no creo que pueda aplicarse invariablemente. Así, si incluimos la perspectiva temporal y los cambios culturales en nuestra investigación, estarán a nuestra disposición las co-variaciones necesarias. También lo estarán en sociedades suficientemente diferenciadas para presentar las grandes variaciones de la conducta de diferentes sectores del grupo de que hablamos más arriba. Además, en toda sociedad nos encontramos también con variaciones más pequeñas y, por decirlo así, "internas", que nos llevarán a "resultados demostrados". Pues si como elementos culturales están unidas en su propio marco institucional, lo hacen por medio de co-variaciones: los tipos de conducta estandarizados y previsibles que son los elementos de la existencia social, no significan otra cosa. Dicha previsibilidad no sólo quiere decir que si A hace cierta cosa (o tiene ciertos atributos), B responderá de una manera específica, sino también que entre acción y respuesta hay cierto grado de variabilidad, y que en determinado momento la acción modificada entraña una respuesta modificada correspondiente.

Aclaremos esto con el ejemplo del matrimonio y del precio de la novia. En ciertas sociedades primitivas la cuantía del precio de la novia aumenta con los atractivos físicos de ésta; el precio, pues, es correlato con el atractivo sexual y revela así su significado de "apreciación" del mismo. Además, podemos encontrar que el precio es reembolsado al disolverse el matrimonio, menos ciertas deducciones a beneficio de la prole, o cuando el matrimonio es estéril, en lo que el precio connota la importancia que se da a la fecundidad y se revela como el "precio" que se paga por la prole a que dé a luz la mujer. Por último, podemos hallar que el precio es relativamente alto, y el reunirlo entraña un esfuerzo económico tan grande, que contribuyen a él muchos parientes del hombre y de la mujer, y que debe ser devuelto en el caso de divorcio para que la mujer pueda volver a casarse legalmente.

Advertiríamos también que los parientes de quienes se espera la devolución del precio hacen los mayores esfuerzos para evitarlo intentando reconciliar a los cónyuges; mientras que el marido que, por razones económicas, no podrá volver a casarse hasta que recupere el precio, se prestará de muy buena gana a recibir de nuevo a su esposa fugitiva. El pago y la distribución del precio de la novia pone obstáculos, pues, a la disolución del matrimonio y parece una salvaguardia de la duración del mismo.

infantil de Bida, población de la Nigeria, donde lo habitual es la poliginia en gran escala. Aunque el número de niños rio "rebasa extraordinariamente" al de niñas, la proporción aún es importante, pues la de éstas a aquéllos es de 0.8: 1. 21 (1942), p. 271.

En todos estos ejemplos, el elemento simple, o sea el precio de la novia, se "explicaría", es decir, se demostraría que está presente "por derecho", o por una "adecuación intrínseca", a base de la variabilidad concomitante de los otros elementos de la institución. Toda institución presenta el mismo cuadro, aun cuando sólo tomemos en cuenta la variabilidad dentro del margen de la normalidad. Cuando la variabilidad excede de ese margen -y se convierte en desviaciones de la norma, en conducta anormal o delictiva, la situación es la misma, siempre, únicamente, que la desviación se repita con suficiente frecuencia y no pertenezca al orden de los acontecimientos únicos.

No hace falta decir que esas explicaciones a base de covariaciones "internas" sólo son válidas para los contextos dados y aplicables a los demás únicamente criterios paribus. Y no podemos creer que se basten a sí mismas y se mantengan aparte de explicaciones basadas en pruebas más amplias. Pero algunas _veces los antropólogos parecen sustentar esa opinión e implicar, si es que no lo dicen abiertamente, que todo lo que les interesa es explicar los hechos de la sociedad o cultura particular que entonces están estudiando. Esto no tiene sentido. Le recuerda a uno el chiste del pintor que decía que lo único que le interesaba era pintar cuadros, y no el arte. Si esa explicación limitada es en realidad una explicación (y no sólo una descripción de sentido común), debe encajar como un ejemplo o un caso en las explicaciones derivadas de co-variaciones de mucho más alcance; y si el estudioso de cualquier sociedad particular se niega a ver sus hechos en una perspectiva más amplia, a lo que en realidad se niega es a poner a prueba sus teorías. Evidentemente, no puede haber dos clases de verdad científica, una para el caso particular y otra para el estado general de cosas.

Sin embargo, nuestra aceptación de las co-variaciones "internas" tiene además otra consecuencia. Porque si las co-variaciones pueden ser llevadas de esa manera a la formación misma de las acciones sociales, su importancia tiene que exceder a la de un mero método de investigación. Al comienzo de este libro definimos el contenido del análisis social como "conducta coordinada", y ahora podemos decir que es "conducta covariante". Las covariaciones vienen, así, a significar al mismo tiempo un instrumento de análisis y la fábrica de los fenómenos analizados. En realidad, no puede ser de otra manera; porque si nuestra materia ha de producir conocimientos, tiene que ser de tal naturaleza que pueda ser manipulada por el método mediante el cual obtenemos conocimientos. Cuando Mill o Durkheim formularon el método

Método de las variaciones concomitantes implicaron también el postulado de la correspondencia entre materia e investigación, correspondencia que puede enunciarse así: sólo podemos comprender el mundo que nos rodea en la medida en que es un mundo gobernado por variaciones concomitantes. O dicho en términos más generales: el mundo es, *ex hypothesi*, un mundo que puede ser conocido por métodos científicos.

Esta correspondencia de materia o contenido e investigación 'plantea un problema técnico último. Puesto que ambas están gobernadas por covariaciones, surge la cuestión de saber cuándo su análisis revelará meramente las características descriptivas de los hechos sociales, y cuándo equivaldrá al importante descubrimiento de relaciones invariantes entre ellas. En las páginas anteriores hablamos, en términos

muy generales, de co-variaciones entre "hechos" o "fenómenos" sociales; implicábamos que podían estudiarse provechosamente covariaciones entre hechos y acontecimientos sociales-de toda clase y magnitud, entre tipos de acción encerrados en sí mismos, así como entre características de tipos o elementos de acción contenidos en aquéllos. Pero en el último caso podemos estar tratando meramente con características que constituyen el tipo de acción particular que describimos; de suerte que las explicaciones derivadas de esas co-variaciones "internas", o de cualesquiera co-variaciones entre hechos sociales no encerrados en sí mismos, serían explicaciones falsas; no ofrecerían conocimiento nuevo importante de relaciones invariantes, sino que demostrarían meramente que lo que observamos es el carácter de los hechos o acontecimientos dados⁸.

Puesto que toda nuestra investigación tiende a descubrir conexiones donde anteriormente no se veían, tenemos que partir, evidentemente, de alguna prueba de la inconexión de los fenómenos. En efecto, ya se ha dicho que el método comparativo (o experimental) es estéril si no trata casos "que son demostrablemente independientes". Ahora bien, no estoy seguro de saber lo que eso quiere decir. Indudablemente, podemos decir de muchas cosas que son "demostrablemente independientes":

De los zapatos y de los barcos y del lacre, y de las coles y los reyes.

Son independientes de modo tan manifiesto que de modo indudable son independientemente variables. Pero en esa forma no podemos hacer nada con ellas; son entidades dispares y casuales, cuya co-existencia nunca tendrá un sentido. Podemos hacer algo con esos hechos únicamente cuando sospechamos que su coexistencia no es casual, sino que oculta relaciones invariantes. Pero si puede decirse esto de esos hechos, entonces ya no son independientemente variables o "demostrablemente independientes", de suerte que el método comparativo se redujese a la esterilidad en el preciso momento en que empieza a tener sentido la comparación.⁹

Para evitar ese callejón sin salida definamos de otra manera la independencia de los fenómenos. Se da entre hechos o características de hechos que pueden describirse sin que los unos pidan a los otros; entras palabras, los fenómenos "independientes" tienen que poder ser "pensados separadamente". Si no pueden ser separados mentalmente, sino que permanecen unidos por alguna exigencia mutua inevitable, entonces las relaciones invariantes entre ellos no equivalen a un verdadero descubrimiento, y nuestra investigación es estéril. Esa exigencia mutua puede ser de

⁸ Aquí he parafraseado un pasaje de M. Oakeshott que enuncia este postulado un poco más específicamente, a saber: "La naturaleza es, ex hypothesi, un mundo que puede ser explicado por generalización estadística" (1933, pp. 210.11). Formulaciones análogas son familiares, naturalmente, en la lógica positivista.

⁹ M. Oakeshott (1933), p. 166. Cf. también H. Poincaré: *El método experimental está destinado a "revelar relaciones insospechadas entre. . . hechos conocidos de mucho antes, pero de los que se creía erróneamente que no tenían relaciones entre sí. Entre las combinaciones que elegimos las más fructíferas son con frecuencia las formadas por elementos tomados de dominios ampliamente independientes entre sí"* (1914), p. 51.

dos clases. Puede ser, primeramente, de carácter lógico, en el sentido de que está implícita en nuestra definición de todo hecho social dado y en el significado de la palabra que empleamos para nombrarlo. Así, si yo digo que la jefatura significa el ejercicio duradero de la autoridad por una persona sobre las otras, esta característica es requerida simplemente para formar la jefatura como yo la entiendo, y no tiene sentido, evidentemente, hacer ver que ambas cosas siempre aparecen y desaparecen juntas. Lo que yo tendría que demostrar es que la jefatura cambia, quizás para convertirse en una clase diferente de caudillaje, concomitantemente con algún otro hecho social, que puede no ser una de las características estipuladas en mi uso de la palabra "jefatura". En este ejemplo es difícil ver qué otro sentido podríamos darle, de modo que está obscurecido el factor elección en la definición. Pero cuando, al hablar de los clanes, pudiera incluir u omitir la exogamia como característica requerida, y dependiera de esa decisión el que tenga o no sentido estudiar las co-variaciones entre los dos fenómenos, la importancia del factor elección es manifiesta. En segundo lugar, la exigencia mutua puede proceder de algún conocimiento empírico general que yo poseo al comenzar y que me dice que la ausencia de ciertos hechos distintos del estudiado haría muy improbable, y hasta absurda, toda la situación. El precio de la novia, por ejemplo, en este sentido tiene que ir siempre acompañado de esfuerzos productivos de los bienes requeridos; las creencias en la brujería difícilmente pueden imaginarse sin ciertos complejos de miedo entre el pueblo que las tiene; y en una sociedad donde la competencia es muy fuerte, los celos entre las personas parecen inevitables (aunque aquí la presencia de los celos ya puede estar implícita en la expresión "competencia muy fuerte").

En el caso de la exigencia lógica, el estudio de las co-variantes expone meramente el género de observaciones que entraron en mi definición y no ofrece otro conocimiento nuevo sino que las cosas, en realidad, están unidas. En el caso de la exigencia empírica, el estudio de las co-variaciones (si es posible) puede hacer más completa mi exposición descriptiva, pero no ofrecería ningún conocimiento nuevo de esa clase que valga la pena; porque sería absurdo, evidentemente, imaginar situaciones en que las cosas en cuestión no tuviesen entre sí cohesión alguna, en que los bienes que constituyen el precio de la novia cayesen del cielo, como el maná, o la creencia en los poderes diabólicos de las brujas no causasen miedo.¹⁰

Sólo nos queda por decir lo siguiente. Las definiciones no son estáticas, y nuestro modo de pensar sobre las cosas y los acontecimientos es menos estático todavía. Desde luego, no siempre empezamos nuestras investigaciones con definiciones rígidas de los hechos cuyas relaciones con otros nos proponemos estudiar; porlo general comenzamos por un objeto, :) acontecimiento "separado" vagamente concebido, cuya definición precisa va saliendo gradualmente de nuestras observaciones sobre las características invariantes que presenta en diferentes circunstancias. Pero aun cuando, en cierta etapa de nuestra investigación, hayamos

¹⁰ *Esto es así sólo cuando las implicaciones de las palabras y los conceptos que usamos son plenamente dados a nuestro conocimiento. Cuando no es así, como ocurre con frecuencia cuando operamos con conceptos muy generales y básicos, esa exposición de significados implícitos ofrece conocimiento "nuevo".*

formulado ya una definición de nuestros hechos, constantemente descubrimos cosas nuevas acerca de sus relaciones con otros, acerca de la conducta de los objetos en condiciones variables, o acerca de la ocurrencia de los acontecimientos en conexión con otros acontecimientos; y estas observaciones aumentan las características de los objetos y los acontecimientos tal como ahora pensamos de ellos y como ahora los definiríamos. Así, pues, las "leyes" (formulación de las relaciones invariantes entre hechos) y las definiciones (exposición de las características de los hechos) se convierten las unas en las otras. Que el agua al nivel del mar hierve a 100° C.; que un perro retira la pata de una corriente eléctrica; o que (supongamos) los grupos se subdividen siempre cuando llegan a tener cierto tamaño: estas observaciones pueden, evidentemente, presentarse como enunciaciones de relaciones invariantes entre las cosas que llamamos agua y temperatura, entre el sistema nervioso de los perros y un estímulo físico, o entre la cohesión y el tamaño de los grupos. Pero, asimismo, la materia de esas observaciones entrará también, sino en nuestras definiciones formales por lo menos en nuestro modo de pensar sobre el agua, los sistemas nerviosos y los grupos sociales.

La "independencia" de los hechos sociales (o de otra especie) es, pues, relativa a la fase de nuestro conocimiento y al sentido que damos a las palabras. Lo que puede "pensarse aparte" en una fase, en otra fase posterior no puede separarse así en absoluto. Esto ya no es un callejón sin salida, ya que nuestro análisis comparativo llega a su fin cuando se alcanza a comprender que los hechos "independientes" en realidad están conectados entre sí. Pero persiste la cuestión de saber en qué medida será estipulado semánticamente este nuevo modo de "pensar en" en una definición formal. Ahora bien, en investigación social, como sabemos, la cuestión se resuelve en general por el rigor creciente del uso lingüístico más que por decisiones ad hoc. Y esto es todo lo que puede decirse en términos generales. La pura economía de pensamiento parece prohibir que nuestras definiciones absorban todo lo que sabemos sobre la conducta de las cosas o la variabilidad de los acontecimientos. Parece más ventajoso operar con definiciones que no sean modificadas por descubrimientos posteriores, es decir, con definiciones mínimas. Así, tendemos a incorporar en nuestra definición de un fenómeno sólo las características que presenta en todas las circunstancias conocidas, y a destinar sus variaciones en condiciones específicas a enunciados sobre las relaciones invariantes entre ese fenómeno y otros. Quizás sus características "en todas las circunstancias parecidas" se vayan descubriendo sólo gradualmente; e indudablemente, la historia de la ciencia revela que hasta las definiciones mínimas tienen que ser revisadas. Como quiera que sea, en cierta fase de nuestra investigación tendemos a impedir toda intrusión ulterior de las definiciones en las "leyes", aun cuando sólo podamos impedirlo temporalmente; y al hacerlo, restablecemos la distinción entre relaciones invariantes que merecen ser exploradas y enunciadas, y relaciones requeridas (o "pedidas") por nuestro modo de usar las palabras.

CARÁCTER DE LAS LEYES SOCIOLOGICAS

Volvamos ahora a un punto de que ya hemos hablado, a saber, que las

relaciones invariantes entre los hechos sociales -y en consecuencia las "regularidades" o "leyes" que los gobiernan sólo tienen validez estadística. De una regularidad observada en un número de casos argüimos a una regularidad que tomamos por segura en todos los casos análogos; predecimos que la regularidad podrá comprobarse en todos los casos estipulados, y hasta instamos a que se la compruebe en otros casos. Pero, como en todos los argumentos estadísticos, sólo nos pronunciamos sobre un estado de cosas esperado, es decir, sobre una probabilidad. De aquí parecen seguirse dos cosas. Primera, en todo argumento de esta clase implicamos que de hecho se dan casos de la especie estipulada fuera de la serie de casos que hemos examinado; y segunda, hay que suponer que la probabilidad que predicamos varía con el número de casos que hayamos examinado, aumentando en proporción.

El primer punto afecta a nuestro postulado fundamental de que el mundo de los fenómenos sociales es un mundo que presenta reiteración y uniformidades que no necesitamos estudiar en toda su serie. Pero aquí va envuelto también un problema técnico. Parece evidente que un análisis insuficiente de los casos observados, que no nos capacita para especificar las condiciones en que puede esperarse que se dé la regularidad sospechada, tiene que invalidar nuestra predicción y su verificación o comprobación. Pero hay que conceder también que las interpelaciones de los hechos sociales son de tal complejidad que, por el momento, no podemos llevar nuestro análisis suficientemente lejos ni, sobre todo, formular adecuadamente sus resultados. ¿Debemos, por eso, arrojar por la borda todas nuestras generalizaciones por tanteo y con frecuencia vagas? Opino que no. Lowie piensa de otra manera, y de ahí sus severas críticas a la "ley sociológica universal" de Radcliffe-Brown, según la cual, "aunque todavía no es posible formular con precisión su alcance... en ciertas condiciones específicas una sociedad necesita proporcionarse a sí misma una organización segmentaria". Lowie pregunta, con mucha razón por su parte: "¿Quién ha oído hablar de una ley universal de alcance todavía indefinido, de una ley que actúa en ciertas condiciones específicas- pero no especificadas?" 27 Desde luego, la "ley" de Radcliffe-Brown correspondería a un enunciado como el siguiente: "Todos los flúidos tienen un punto de ebullición, aunque no podemos decir con precisión las condiciones en que lo alcanzan". Pero Lowie no sólo niega la precisión del enunciado, sino que lo presenta como totalmente absurdo.

Pero, ¿es tan absurda esa vaga- "ley sociológica"? Como señala Lowie, Radcliffe-Brown viene a decir, en esencia, que algunas sociedades tienen una organización segmentaria, y que otras no la tienen; y hasta aquí, eso no pasa de ser una observación primaria y en bruto. Pero Radcliffe-Brown dice también que la organización segmentaria no es fortuita, sino que está sujeta a ciertas condiciones; y esto es, ciertamente, algo que vale la pena decirlo, a saber, que las sociedades no crecen indefinidamente como entidades homogéneas, sino que se subdividen. En realidad, podemos esbozar algunas de las condiciones subyacentes en ese proceso, como hicimos cuando hablamos, un poco menos vagamente que Radcliffe-Brown; del "punto óptimo" en el crecimiento de las sociedades. Si no podemos enumerar todas las condiciones o especificarlas con más seguridad, se debe a la interrelación inmensamente complicada de condiciones en el campo social. El enunciado de Radcliffe-Brown predica, a base de ciertos análisis, que la dependencia de las condiciones

indicadas por esos análisis también se da en otras esferas, y universalmente. Quizás esto no es todavía una "ley", sino la predicción o sospecha de una ley, o sea una hipótesis; y también como hipótesis es imprecisa. Pero no es inútil; no excluye la verificación, aunque requiere que se la haga más específica en el proceso. Además, aun en la ciencia natural la frontera entre hipótesis y ley es una frontera flúida; ni están ausentes las hipótesis imprecisas de ciertas etapas de su desarrollo. Quizás es imprudente comparar la investigación social con los campos infinitamente más homogéneos de la física o de la química y con las regularidades precisas formuladas en estas disciplinas. Pero muchas "leyes" estipuladas por la biología parecen tan imprecisas y de tanteo como tendrán que serlo por mucho tiempo aún nuestras leyes sociológicas.

Mi segundo punto, o sea que la probabilidad de las regularidades aumenta con el número de casos observados, es considerado muchas veces como un axioma. Indudablemente, en ciertos aspectos tiene el peso de un axioma. Nos referimos, naturalmente, no a todos los casos, sino a los casos pertinentes, es decir, a los casos que han sido suficientemente analizados y cuyo carácter representativo es razonablemente seguro. Pero "suficiente" y "razonablemente" son términos relativos, de suerte que la repetición de observaciones es necesaria aunque sólo sea para cerciorarnos de que no hemos olvidado nada. Sin embargo, ¿hasta qué punto es válido nuestro "axioma" más allá del grado de control y corrección que ofrece? Desde luego, tenemos que distinguir dos clases de probabilidad. Una descansa en nuestra creencia o expectativa relativa a la probabilidad de acontecimientos o estados de cosas particulares, que procede de nuestro conocimiento general, de experiencias anteriores y de modos habituales de pensar; ésta es una probabilidad "no numérica" o "no técnica", que requiere comprobación. La otra probabilidad es "numérica" y "técnica" en cuanto descansa en la frecuencia demostrada de los acontecimientos o los estados de cosas; esta probabilidad es por sí misma una comprobación, que puede ser reforzada extendiendo la demostración de dicha frecuencia¹¹ Las dos clases de probabilidad van unidas y se combinan en la mayor parte, quizás en todos, de los enunciados científicos; porque la sospecha y previsión de cierta "conveniencia" en los hechos observados, con que empiezan todas las investigaciones de regularidades, expresa la primera clase de probabilidad, que es confirmada (o no) por la segunda. Ahora bien, aunque la seguridad

¹¹ Véase A. Eddington (1935), pp. 115.16. Bertrand Russell habla, casi en el mismo sentido, de "grado de credibilidad" por contraste con "probabilidad matemática" (1948), pp. 359-60. parto de una situación que "tiene sentido" de un modo convincente e inequívoco, necesitaré menos pruebas confirmatorias que si tengo dudas acerca de la "conveniencia" sugerida por mis datos originarios; y si fuese a caer sobre una correlación enigmática, como por ejemplo entre el coeficiente de suicidios y la longitud de las faldas de las mujeres, buscaría la confirmación en miles de casos antes de aceptar tal correlación y aventurarme a pronunciarme sobre su conveniencia. Ahora bien, lo que yo sostengo es que esto ocurre no sólo habitualmente, en la práctica, sino inevitablemente. Porque no es la intensidad de la creencia como tal lo que produce la probabilidad inicial, sino la naturaleza de las cosas respecto de las cuales creemos: "el contenido de lo enunciado". Y esto nos viene de un conocimiento previo que, aunque grosso modo, se acerca a una estimación numérica de las regularidades observadas. Siempre vamos guiados por un conocimiento preexistente que es de la misma clase que el conocimiento que deseamos obtener, a saber, relativo a la independencia o conexión posibles de los fenómenos. En consecuencia, si el proceso de establecer la probabilidad numérica no. hace más que dar exactitud al conocimiento tácito, el peso y sugestión de este último no puede por menos de afectar a nuestra disposición para tener confianza en el primero.

que ofrece la segunda probabilidad depende de la frecuencia de las observaciones confirmatorias, ¿no depende también de la fuerza de la probabilidad inicial "no numérica"? En otras palabras, ¿no reducimos nuestra prueba estadística si nuestra creencia en esa "conveniencia" inicialmente percibida es muy fuerte? No tengo la menor duda de que en la práctica es así.

Si inversamente, esa confianza no tiene por qué ser proporcionada a la frecuencia de las observaciones confirmatorias. Realmente, es muy difícil decir a cuánto debe ascender su número (siempre que tomemos todas las precauciones prescritas) para que ofrezcan conformación suficiente. Supongamos que observo que los padres golpean a sus hijos con más frecuencia que las madres, en dos sociedades, en doce, en 100 y en 1,000; supongamos también, para simplificar, que no observo casos en contrario y que las sociedades que estudio son, poniendo el caso más favorable, de naturaleza diferente. ¿Cuándo podré hablar de regularidad estadísticamente válida? Seguramente no si sólo examino dos sociedades; pero, ¿necesito examinar 100 o 1,000? Teniendo en cuenta el número prácticamente infinito de sociedades en que los padres pueden golpear o no a sus hijos, lo mismo dan doce observaciones que 100 o 1,000. Es verdad que 1,000 observaciones dan más seguridad al carácter fortuito de la elección que he hecho de los casos; pero con eso únicamente quiero significar la exclusión de uniformidades posiblemente ocultas, por ejemplo, que todas las sociedades examinadas tienen el mismo sistema párental o sufren.

¹²La cuestión que acabamos de examinar entraña otra preliminar, a saber, cuántas observaciones son necesarias en una sola sociedad para que podamos decir que determinado estado de cosas -por ejemplo, el trato que reciben los niños de sus padres es en realidad típico de aquella sociedad. El problema parece ser aquí más fácil; porque ahora podemos calcular la proporción de casos examinados (y encontrar que es positiva o negativa) respecto del número total de casos posibles (es decir, del número total de familias) y de ahí calcular la validez de nuestras observaciones de un modo más seguro. Pero aún podemos preguntarnos: ¿Qué porcentaje se necesita, el 2, el 10 o el 75 por ciento? Evidentemente, el problema puramente cuantitativo no puede resolverse con precisión; y nos guiará de nuevo un conocimiento preexistente, relativo ahora a la uniformidad de las condiciones que probablemente prevalecen en la sociedad dada; el cual conocimiento lo habremos adquirido mediante otras observaciones distintas a las que realizamos en el momento. Podemos saber, por ejemplo, que todas las familias tienden a ser del mismo tamaño, que los padres por lo común tienen la misma profesión o siguen la misma religión, o quizás únicamente que en las sociedades primitivas del tipo de la estudiada se da gran importancia, por lo general, a la uniformidad de la conducta. Así, pues, esperaríamos que el trato de los niños fuera análogamente uniforme, y en consecuencia admitiríamos un número de

¹² *Dicho de otro modo, la cuestión se refiere al número de observaciones necesarias para trazar la "curva normal de error" que tomamos por demostrativa de cualquier modo de conducta "normal" o "típico". (Véanse pp. 128-9.)*

casos relativamente pequeño como convincente. Así, en la estimación de los modos de conducta "típicos", no menos que en la de las regularidades válidas para muchas sociedades, inevitablemente argumentamos encierta medida sobre un conocimiento o unas suposiciones a priori. Me doy cuenta muy clara de la insuficiencia de mis razones, mientos sobre uno de los problemas más difíciles del método científica. Pero quizás pueda, en apoyo de mis argumentos, citar este pasaje del Preface to Logic de Cohen: "El razonar sobre cuestiones de probabilidad implica un grado notable de confianza en consideraciones a priori", si por a priori entendemos "principios generales no basados en la observación del curso de los acontecimientos" en cuestión. Podemos creer que esto mismo vale para la frecuencia de las observaciones destinadas a apoyar ese razonamiento. Y podemos también, según creo, estar de acuerdo en que los análisis de series limitadas de casos, sobre los cuales tiene que descansar por lo común la antropología, no carecen por completo de valor, ni son inútiles sus aseveraciones de que los fenómenos sociales "tienden" a ser de cierta clase o a ocurrir "la mayor parte de las veces" o "frecuentemente", aunque indican muy toscamente las cuantías numéricas.

Las regularidades sociales, pues, al ser meramente observadas y estadísticas, no predicán nada acerca de la necesidad de que las cosas sean como son; ni los enunciados sobre "relaciones invariantes" entre hechos sociales contienen un "debe". Pero este "debe" se presenta en la investigación social, y hay, en realidad, dos excepciones a esta regla. La primera se aplica a los experimentos imaginarios de que ya hemos hablado. Aquí nuestro conocimiento general de la naturaleza física del mundo y de la naturaleza psicofísica del hombre hace inconcebibles ciertas combinaciones inobservadas de fenómenos, de suerte que los fenómenos realmente observados juntos "se piden" los unos a los otros en un sentido empírico. La segunda excepción se presenta cuando las diferentes aseveraciones que hacemos sobre ciertos estados de cosas se piden las unas a las otras en un sentido analítico o lógico (como "ser una sociedad" pide "tener una población"). La primera excepción equivale sólo a una seudonecesidad. Es decir, aunque nuestro conocimiento de las leyes físicas o psicofísicas rechaza ciertas variaciones de las condiciones observadas por imposibles e inconcebibles, sólo son realmente imposibles e inconcebibles dado el estado de nuestro conocimiento empírico. Y ese conocimiento se refiere a condiciones que son lo que son no por ninguna necesidad interna, y a leyes que, en el lenguaje de los filósofos, son sólo "contingentes". La segunda excepción es la única que equivale a una verdadera necesidad, porque "sólo hay necesidad lógica" 32 Prevalece siempre que lo que pensamos y decimos en una forma está implícito en lo que pensamos y decimos en otra, como una consecuencia particular (p. ej., "X tiene una población") está implícita en el sentido que ponemos en las palabras y las aseveraciones (p. ej., "X es una sociedad") 33

Ahora bien, en la investigación social rara vez empezamos por analizar un concepto o aseveración previamente formulado, exponiendo todo lo que entraña, y después buscamos casos que nos sirvan de ejemplos. La mayor parte de las veces partimos de estos últimos, es decir, empezamos por observar y enunciar lo que tomamos por relaciones invariantes o "leyes" que gobiernan los hechos independientes, y les atribuimos necesidad sólo cuando un examen más detenido revela que nuestras aseveraciones están lógicamente conectadas. El papel que representa ese examen

más detenido es ignorado algunas veces, de modo que la necesidad lógica es tratada como si fuese necesidad factual o empírica. Pero puede demostrarse fácilmente que procede sólo de los conceptos y palabras que usamos para representar los fenómenos empíricos, y quizás en definitiva de nuestro equipo intelectual, que nos hace concebirla en la forma dada. En los capítulos anteriores vimos algunos casos de esto. Así, hemos dicho que, cuanto mayor sea la cohesión de un grupo, más marcado tiene que ser su despegue de los individuos extraños a él; pero en esa "ley" no hacíamos más que hacer explícita una consecuencia implícita en el concepto de frecuencia nuestro conocimiento acerca de las posibilidades o imposibilidades prácticas entrará tácitamente en el sentido de las palabras que usamos, de suerte que se fusionarán la prueba empírica y la semántica (o lógica).

Por ejemplo, no podemos imaginar una situación en que toda la población humana forme un grupo, y sólo un grupo; por lo tanto, ciertas consecuencias parecerán seguirse con necesidad lógica del sentido admitido de la palabra "grupo", a saber, que tiene que haber varios grupos en el mundo y que para cada "dentro del grupo" tiene que haber varios "fuera del grupo". "cohesión", a saber, que la orientación interior de los miembros del grupo es, inevitablemente, la separación del exterior. Las conocidas "leyes" relativas a la interdependencia de los organismos y su medio ambiente ocultan un nexo lógico análogo; porque no podemos concebir un organismo si no es viviendo en un medio ambiente. Y cuando los antropólogos hablan de lo que una sociedad "tiene" que hacer o de lo que una cultura "no puede" hacer, expresan también necesidades lógicas de ese tipo (si es que son necesidades), implícitas en el significado corriente de "sociedad" y "cultura".¹³

Pero si en todo esto no hacemos otra cosa que "presentar relaciones de implicación" (como dirían los lógicos), nuestros descubrimientos no serán más que tautologías estériles. No producimos conocimiento verdaderamente adicional ni nuevo, y los hechos que decimos estar necesariamente relacionados no pueden en realidad ser hechos diferentes relacionados, sino que tienen que ser el mismo hecho captado y expresado de diferentes maneras. Sin embargo, el estudio moderno del método científico ha revelado ampliamente que esas tautologías aparentes están muy lejos de ser estériles; porque no todas las implicaciones de las aserciones o conceptos que formulamos son inmediatamente dadas a nuestro conocimiento, de modo que su inspección y análisis ofrezcan novedad, si bien únicamente una novedad "psicológica". En otras palabras, al demostrar las implicaciones de nuestras aserciones o conceptos, aunque estrictamente no producimos conocimiento nuevo o 'adicional, sin embargo, exponemos conocimiento hasta entonces oculto.' Y esto es cierto, ya partamos del análisis de un concepto dado y volvamos después a los fenómenos con un conocimiento nuevo de su orden, o ya de la observación de los fenómenos y vayamos después a la comprensión del lugar que les corresponde en el orden conceptual. Como veremos, es inevitable uno u otro procedimiento siempre que tocamos los conceptos

¹³ Véase Cohen y Nagel (1939), pp. 65-7. Cf. Wittgenstein: "En filosofía, la pregunta ¿por qué usamos en realidad tal palabra, tal proposición?, constantemente conduce a resultados valiosos" (1922, sec. 6. 211).

básicos de la existencia social: "cohesión", "integración" o "sociedad" como tal. Pero el papel de esas demostraciones lógicas en la investigación social es limitado. Las "leyes" que podemos esperar formular son en gran parte empíricas y carecen de necesidad. Y en esto se ajustan a las leyes de la ciencia natural; aunque la física, como el análisis de la sociedad, también opera con algunas leyes compulsivas en cuanto que son lógicas en su origen, esto es, que proceden sólo de nuestro intelecto, de algo que pertenece a nuestra capacidad de aprehender y enunciar hechos y de reunirlos en conceptos

Podemos añadir que cuando, los antropólogos atribuyen cierto carácter a todos los hechos sociales, en sus aseveraciones va oculto un "debe". Así, cuando Malinowski sostiene que cada hecho cultural "tiene una función", lo que en realidad dice -ya que no puede concebirse que nadie haya examinado "cada" hecho- es que debe tener una "función", examínesele o no; implicación que tiene una válida lógica (al entrañar el concepto de "hecho cultural" la posesión de una "función"), o no tiene válida ninguna.

Quizás todo este estudio ha pecado de excesivamente detallado; pero he hablado tan por extenso acerca de la naturaleza de las leyes sociológicas porque muchas veces se la entiende mal y la búsqueda de leyes en la investigación social es abandonada por inútil, bien porque no puede presentar leyes "necesarias", o bien porque las leyes necesarias que puede presentar son sencillamente evidentes por sí mismas." Yo he intentado demostrar que ambas críticas son infundadas, o que por lo menos pueden aplicarse igualmente a todas las formas de ciencia. No obstante, es indudable que la investigación social está mucho menos adelantada que la ciencia natural; y por ésta y otras razones no hay que llevar demasiado lejos el paralelo con esa ciencia. Aunque las leyes naturales son principalmente empíricas y "contingentes", también son universales y no admiten excepciones. Es cierto que, en la frontera del conocimiento empírico, hasta la física admite hoy únicamente probabilidades y regularidades estadísticas; pero sus probabilidades equivalen a certezas prácticas para un número inmenso de hechos. Si por casualidad hubiera un solo caso de manzanas que suben en vez de caer, de cuerpos en movimiento que se detienen inexplicablemente en su ruta, o de calor que se trasmite de un cuerpo frío a otro caliente, todo el sistema explicativo de la física tendría que ser revisado. En las ciencias humanas

Tal es la opinión de Eddington, que habla de las leyes "epistemológicas" en física, que son "compulsivas" porque son "subjetivas" y sólo reflejan "el contenido sensorial e intelectual del observador en el conocimiento obtenido mediante ese contenido". o sociales tratamos con probabilidades de carácter mucho más tosco. Un acontecimiento único o infrecuente que vaya contra una "ley" formulada, no puede desmentirla, ya que su validez es sólo estadística y no rige para los casos individuales; y las desviaciones frecuentes sólo nos obligarán a admitir excepciones o posibilidades alternativas. Así, únicamente podemos hablar de acontecimientos o estados de cosas que "tienden" a ser de cierta clase; concebimos la esfera de los fenómenos sociales como una esfera donde se dan posibilidades más o menos probables o hasta alternativas u opuestas, y donde la singularidad de los acontecimientos, el azar, el ac-

cidente y por lo tanto la indeterminación tienen por lo menos algún papel.¹⁴

¿Admitiremos, pues, en este párrafo final, que las regularidades que podemos enunciar para la esfera de los fenómenos sociales o humanos son tan limitadas sólo porque nuestro conocimiento es limitado y no nos permite contar con la totalidad de las relaciones que penetran y cruzan el universo humano? De modo que, ¿sólo con que supiésemos más acerca de las experiencias a que han estado sometidos los individuos, de su herencia y su constitución psicológica, y de centenares de cosas más, no nos veríamos obligados a admitir accidentes, acontecimientos únicos ni posibilidades alternativas? Quizás sea así, aunque posiblemente no podemos dar ningún sentido a lo "más" que sería necesario. Sobre todo, cualquier ampliación de nuestro conocimiento sobre dominios cada vez más extensos aumentará la complejidad de los fenómenos, de cuya inmensidad nos damos ya cuenta plenamente. En realidad, podemos llegar a una fase, y quizás hemos llegado ya, en que no podamos tener simultáneamente esa complejidad en el pensamiento y en el cálculo. Así, aunque la admisión del azar no es sino el reconocimiento de nuestra ignorancia, nos es impuesta también, indudablemente, por el número enorme de hechos de los cuales no sabemos nada pero contamos siempre con ellos. Creo que fué Poincaré quien dijo que el azar no es sino otro nombre de la complejidad. Y puesto que "el cerebro del científico, que no es más que un rincón del universo, no podrá nunca contener todo el universo... , se deduce que, de los hechos innumerables que ofrece la naturaleza, dejaremos unos a un lado y retendremos otros". En el estudio de las cosas humanas por lo menos, ese

guiera siendo tal, el sistema explicativo tendría que ser ajustado ad hoc y no completamente -visado (véase, por ejemplo, M. Cohen, 1946, p. 135). Corno quiera que sea, podemos creer que las leyes que gobiernan los toscos fenómenos de la naturaleza son de ese tipo universal y prácticamente absoluto. "dejar a un lado" es también, en parte dejar para explicarlo como accidente. Sospecho que es una cuestión que no tiene sentido el preguntarse si hay o no "verdaderas" accidentes en este mundo nuestro, aparte de los que entraña nuestra capacidad de comprensión.

ANTROPOLOGÍA
(continuación)

EXPERIMENTAL

¹⁴ *Todas las demás leyes de la naturaleza no son compulsivas, y constituyen "la cantidad enorme de conocimiento especial acerca de los objetos particulares que nos rodean". (1939, pp. 20, 104.) Así, Boas destaca la "falta de conexiones necesarias entre los diversos aspectos de la cultura", y llega a decir: "Los fenómenos de nuestra ciencia están tan individualizados, tan expuestos a un accidente exterior, que ningún conjunto de leyes podría explicarlos." Las leyes que pueden descubrirse "serán necesariamente vagas y, casi podemos decir, tan evidentes por sí mismas que son de poca ayuda para un conocimiento real". (1948, pp. 256-5.) Muchos investigadores niegan que el sistema explicativo de la ciencia natural sea puesto en duda por un solo acontecimiento contrario; aun cuando hubieran sido excluidos todos los errores de observación, y la contradicción si.*

LAS CATEGORÍAS DEL CONOCIMIENTO

Permítaseme que me refiera una vez más al carácter empírico y contingente de las regularidades o leyes descubribles en los fenómenos sociales. Careciendo de necesidad, esas regularidades carecen también de fuerza persuasiva; como tales, no son significativas ni se explican por sí mismas, pero, no obstante, indican un estado de cosas determinado. Adquieren sentido y fuerza explicativa únicamente cuando producen, es decir, cuando leemos en ellas el dato adicional que yo he llamado su adecuación o exigencia. He enumerado tres categorías de tal "adecuación": consecuencia, causalidad mecánica, finalidad. Ahora queda por demostrar que sólo éstas, y no otras, satisfacen nuestro deseo de comprender.

Sean A y B dos tipos de acción co-variantes; como se refieren a la conducta intencional de los individuos, y en consecuencia a conducta iniciada por las mentes, su co-variación tiene que ser una coincidencia sin sentido, que no presenta "adecuación" intrínseca, a menos que pueda entenderse que tiene un duplicado en las mentes de los individuos; dicho con más precisión, los acontecimientos mentales implícitos en A y B hay que entenderlos como conectados en las mentes individuales. Esto presupone otra condición más elemental. Si descubro que en una sociedad dada los tipos de acción A y B aparecen en co-variación, la covariación no tendría significación a menos que los individuos que actúan en el sentido de A y de B son los mismos individuos, o están en una comunicación o contacto físico que les permite influirse mutuamente. Toda co-variación social genuina (o "correlación") satisface estas dos condiciones; en realidad, por lo común las satisface de manera tan plena y evidente por sí misma que podemos darlo por cosa sabida. Tomemos la correlación familiar entre la subida del nivel de vida y la restricción de la natalidad. A riesgo de decir cosas manifiestas, puedo señalar que esa correlación sólo tiene sentido, primero, si las personas que viven con más holgura son también las que deciden no tener demasiados hijos, o por lo menos están bajo la influencia de otras - e sustentan esa opinión; y segundo, si el acontecimiento mental, deseo de bienestar, se entiende que está conectado en las mentes respectivas con la decisión de restringir la natalidad¹⁵.

Esta forma particular de "conexión en la mente" corresponde a una de las tres categorías de adecuación que yo he postulado, a saber, a la de finalidad. Aquí entiendo que la acción A se ajusta a la acción B del mismo modo que un medio (reducir los gastos en hijos) se ajusta al fin deseado (logro de mayor bienestar). Pero una acción A también puede parecer ajustarse a la acción B en el sentido lógico en que dos enunciados están de acuerdo entre sí (son "consecuentes" o congruentes) cuando el uno repite o expresa lo que el otro implica, o en que todo enunciado es consecuente con el estado de cosas que describe. O, por último, una acción A puede ajustarse a

¹⁵ Naturalmente que las relaciones de medios a fines pueden llamarse también "lógicas" y "consecuentes"; pero esta consecuencia es de carácter práctico, demostrable mediante consecuencias materiales, en tanto que la "consecuencia lógica", tal como aquí la entendemos, se refiere al acuerdo de los significados, demostrable por la prueba de no-contradicción. prevén efectos; pero la causalidad que opera en casos de esa especie sólo constituye el conocimiento empírico general de los actores sin el cual no podrían actuar de un modo finalista.

una acción B en el sentido en que una causa corresponde al efecto que produce. Dicho de otra manera, tenemos estas tres situaciones:

- 1) la intención de conseguir cierto estado o modo de conducta (el fin) se convierte en una motivación racional para otro modo de conducta (el medio);
- 2) una idea o sentido, subyacente en un modo de conducta, conduce a otros modos de conducta (lógicamente consecuentes) que expresan la misma idea o sentido;
- 3) una experiencia, al nacer en un contexto de conducta, produce otro modo de conducta por medio de un mecanismo psicológico. Sostengo que estas tres "conexiones en la mente" son necesarias, y suficientes, para nuestra comprensión de la "adecuación" en las regularidades sociales. ∴ También sostengo que son independientes y no reducibles la una a la otra, aunque, como veremos después, pueden co-existir en el mismo nexo de acción. Aquí sólo necesito defender la mutua independencia de las dos categorías de explicación: finalidad y causalidad. Como ya he admitido, la idea de causalidad nunca está ausente de la explicación, y muchas conexiones finalistas que citaré pueden parecer, a primera vista, conexiones causales. Pero esta causalidad ubicua es de carácter demasiado general e inespecífico para agotar la totalidad de nuestra explicación. Es verdad que en toda aplicación racional de medios (por ejemplo, instrumentos de cualquier clase que sean) a fines particulares.
- 4) También es cierto que en toda conexión finalista entre dos acciones (cuando, por ejemplo, gano dinero para mantener a mi familia), la finalidad de una acción pone en juego o "produce" la ejecución de la otra; pero todavía se trata de una finalidad que produce otra, y un fin consciente que hace que la mente aplique o busque los medios adecuados. Si esto es aún causalidad, -es una causalidad a la que se han sobrepuesto finalidades, o causalidad a tergo, en que el fin (el efecto) determina los medios (que producen el efecto). Esta transformación de una causalidad general subyacente tiene, evidentemente, que ser llamada de un modo especial, de suerte que la "finalidad" que efectúa la transformación se convierta en el concepto operativo. Asimismo, hay que distinguir esta causalidad transformada de la causalidad pura y simple que encontramos en otras situaciones, donde agota todo lo que podemos decir a modo de explicación y ésta no es ya la causalidad general ubicua en que pensamos siempre, sino que es de una clase especial, a saber, la causalidad implícita en los mecanismos psicofísicos, de la cual hemos hecho una categoría independiente de explicación.

Esta distinción puede ilustrarse con el ejemplo antes citado. Normalmente consideraré la correlación entre la restricción de la natalidad y la elevación de los niveles de vida como expresiva de un nexo de finalidad; porque el enlace subyacente de causa q efecto -el menor tamaño de la familia facilita la producción de un excedente- aparece transformado en un enlace de medios (reducción del tamaño de la familia)

empleados para fines definidos (mejores condiciones de vida). Pero también puedo convertir esta relación finalista en una relación de "causalidad pura y simple". Entonces tendría que suponer (con pruebas insuficientes, no es necesario decirlo) que la vida "muelle" debilita los deseos sexuales o la capacidad de procreación, de suerte que la clase de conducta responsable de la disminución de la natalidad se seguiría cuasi-mecánicamente, es decir, por algún mecanismo psicofísico, de la conducta que busca un bienestar mayor.

CONSECUENCIA LÓGICA

Empecemos por señalar la diferencia que hay entre esa categoría de "adecuación" advertida en los hechos sociales y la necesidad lógica que caracteriza a ciertas relaciones entre hechos. Es, en resumen, la diferencia que hay entre la mera consecuencia y la implicación inevitable, y entre una operación cognoscitiva que yo atribuyo a los actores y una mía, del observador. La operación que atribuyo a los actores consiste en pensar que, actuando de cierta manera en determinadas circunstancias, actuarán en otras de una manera consecuente, consecuencia que, como veremos, puede ser de contenido o de forma. El nexos que así se establece no es un nexos necesario; sucede únicamente que los actores se sienten movidos a hacer ese juicio en un caso particular, y en consecuencia acompañar un tipo de acción con otro, congruente con él, o ajustar uno a otro tipos diferentes de acción. No puedo concebir como inevitable este paso, aunque mi experiencia general y el conocimiento de mí mismo me aseguren que la gente tiende en realidad a introducir cierto grado de congruencia en la variedad de sus modos de actuar. Y no puedo suponer que el juicio subyacente está presente en su mente siempre que actúa de un modo consecuente; pero supongo que fué efectivo cuando los tipos de conducta respectivos cristalizaron y se hicieron habituales. Y porque puedo percibir el nexos de consecuencia en los tipos de conducta realmente practicados, es por lo que reconozco la "adecuación" que hay entre ellos. Al suponer que la gente "se siente movida" a presentar esa conexión lógicamente consecuente, introduzco, naturalmente, las otras, o una de las otras, categorías explicativas: de finalidad o de causalidad psicofísica. Este rasgo de no bastarse a sí mismas parece caracterizar todas las explicaciones formuladas en términos de consecuencia o congruencia lógica. Difícilmente podemos concebirlas si no es sirviendo a un fin particular o como resultado de un mecanismo psicofísico. Ésta parece ser una de las razones por las cuales sólo podemos citar pocos ejemplos de una consecuencia en las acciones puramente lógicas que no esté apoyada también por relaciones finalistas o causales.

Otra razón parece ser la siguiente. Aunque la consecuencia lógica impregna, indudablemente, un gran número de acciones humanas, la admitimos de una manera tan inmediata y tan fácil que muchas conexiones de esta clase no nos parecen nunca haber sido reconocidas e interpretadas de un modo específico. Y además, cuando son interpretadas de ese modo, la interpretación, por lo general, queda muy lejos del análisis completo. El hecho de que haya tales conexiones parece suficientemente convincente, de suerte que no las sometemos a la prueba de las co-variaciones, sino que damos por cosa sabida las condiciones en que se presentan. Si, por ejemplo, encontramos que gentes cuyo principal interés material es el ganado tienen también

canciones y relatos acerca del ganado y tratan el mismo, tema en su mitología y su arte, esta congruencia de sus intereses parece explicarse por sí misma; nosotros la anotamos, y nuestra curiosidad descansa. Pero es evidente que esta difusión de un interés a diferentes esferas de conducta ocurre en ciertos casos y no en otros. Y si deseamos especificar las condiciones, las buscaríamos en alguna finalidad importante que "mueve" a las gentes a expresar el mismo tema de modos diferentes, o quizás en un mecanismo psicofísico que las hace proyectar al exterior una idea profundamente incitante.

Me parece que podemos distinguir tres tipos de consecuencia o congruencia lógica en la conducta, cada uno de los cuales ofrece un principio explicativo.

- 1) El ejemplo anterior ilustra el primer tipo. Consiste en la difusión de la misma idea, tema, interés o "motivo" en diversas esferas de conducta. Podemos decir que un contenido determinado de conducta se reduplica o multiplica dentro de marcos diferentes, y podemos imaginarnos el proceso pensando que la gente, después de haber producido un modo particular de acción, produce o modifica otros modos de acción expresivos del mismo contenido. Así, cuando la gente cree en el infierno o en el paraíso, este tema también será tratado en leyendas, cuentos, pinturas, que no tienen conexión intrínseca con el cuerpo de creencia; y cuando un pueblo organiza su vida política en un sistema rígido de jerarquías, algo de esa graduación de posiciones reaparecerá también en el modo de representar a las deidades o en actividades no conexas con la vida política, como, por ejemplo, las actividades deportivas y de recreo. En otras palabras, la misma idea se va extendiendo de una manera consecuente; y aunque puede decirse que la "reduplicación" mitológica de un interés político supremo sirve también como "carta constitucional", es decir, sirve a los fines de reforzar la práctica política, lo hace por medio de la difusión consecuente de la misma idea; y ésta, como tal y de un modo inmediato, es insignificante, aparte de la finalidad que implica.

La difusión no se refiere sólo a rasgos de contenido, a un tema, o un interés, o un motivo en el sentido estricto de la palabra; también puede aplicarse a rasgos de forma, a un principio organizador subyacente en los modos de expresar diferentes contenidos. La división es muy flúida; cuando las escalas de jerarquías se reduplican de la manera que acabamos de indicar, lo que se reduplica es tanto un principio organizador como un "motivo" o un interés; y cuando encontramos una cultura que opera con el concepto de polaridad en muchas esferas de la conducta en organización social, en religión, en cosmología-, podemos ver en eso la difusión tanto de una idea o tema particular como de un sistema formal de ideas y temas. Hay, sin embargo, algunos ejemplos de consecuencia puramente formal, como, por ejemplo, cuando la creencia en deidades antropomorfas coincide con el realismo en el arte; o cuando el mismo estilo predomina en toda la esfera del arte; y quizás cuando la misma tónica de ostentación y fausto penetra las esferas de la conducta económica, política y estética¹⁶.

¹⁶ Véase K. Koffka (1935), pp. 358-60. Es una breve exposición de un problema que requiere estudio

- 2) El segundo tipo de consecuencia lo representa una "reduplicación" de una clase particular, a saber, la conducta simbólica. Entiendo por ésta los modos de acción estructurados de tal modo, que "representan" o "significan" otros modos de acción u otros acontecimientos. Y esto implica que la ordenación y uso de los modos de acción significantes son en cierto modo consecuentes con la ordenación y ocurrencia de los hechos significados. En el caso extremo, habrá una correspondencia de uno-para-uno, siendo cada unidad simbólica congruente con la cosa que representa; caso en el cual, también, la correspondencia es, por decirlo así, natural, y al mismo tiempo visible para el observador. Esto parece cierto en tres situaciones. Es cierto cuando los símbolos son "icónicos", es decir, cuando presentan alguna analogía perceptible con las cosas simbolizadas, como cuando la representación escultórica de un animal sirve de emblema a un grupo totémico. Es cierto, igualmente, cuando el símbolo es al mismo tiempo un "signo", o sea, un acontecimiento o una propiedad que comúnmente se encuentra unido a la cosa significada, como cuando los gestos que se ejecutan espontáneamente en un estado de pesadumbre se emplean para expresar la aflicción en un drama o una comedia. El último nexo de esta clase "natural" proviene del "carácter fisiognómico" de ciertos objetos o situaciones, el cual reside en su "aspecto" (en las formas y los contornos, en los colores, en el movimiento de las melodías) y tiene directamente una expresividad dinámica, de tensión o de calma, o de un estado emocional. La expresividad de la música ofrece quizás el ejemplo más claro; o piénsese en la obscuridad usada para simbolizar el misterio, o, al contrario, en la luz y los colores brillantes, que "naturalmente" no podrían significar un estado de calma o de sumisión. El "carácter fisiognómico", sin embargo, es difícil de aislar, porque muchas veces se mezcla con el carácter de signo de las cosas, como en los gestos expresivos, en las subidas y bajadas de la voz, o en el caso de objetos que adquieren su capacidad significativa porque han sido experimentados en conexión con las cosas significadas (como, por ejemplo, cuando la obscuridad se convierte en símbolo del secreto, porque las actividades secretas suelen desarrollarse en la obscuridad).

La correspondencia entre los símbolos y las cosas significadas no es visible inmediatamente cuando aquéllos son "artificiales", habiendo sido elaborados e investidos de significado por una regla arbitraria y puramente convencional, como ocurre con casi todos los símbolos lingüísticos. Aquí la correspondencia se liga, no a la simple "reduplicación" de un acontecimiento o una situación en su símbolo, sino al conjunto de símbolos en su totalidad, esto es, a su ordenación sistemática y a sus reglas de uso. Pero, después de aprender esas reglas y ser capaces de comprender la significación de los símbolos, también comprendemos que un conjunto de modos de

mucho más detenido. Permítaseme añadir únicamente que la misma "atribución espontánea de características dinámicas"

(Köhler), cuando se refiere a conducta, gestos, etc., observados, también se ha considerado que explica la inmediatas de la "experiencia del tú", de la que he hablado anteriormente. (Véase p. 77.)

actuar (operando como símbolos) reduplican otro conjunto (las cosas simbolizadas) de una manera consecuente.

Esbozemos ahora brevemente las principales formas de conducta simbólica, cuyo estudio detenido tengo que dejar para otra ocasión. Encontramos conducta simbólica siempre que emblemas, insignias u otros signos "diacríticos" se emplean para indicar relaciones sociales o afiliación a un grupo. Sean esos emblemas objetos materiales o formas de conducta (gestos, prácticas "diacríticas"), su exhibición indica que de las personas que los exhiben hay que esperar tal o cual conducta "real". Además, encontramos conducta simbólica en todas las formas de nomenclatura social, que, de un modo análogo, indican relaciones y modos de actuar que se espera ocurran de acuerdo con la nomenclatura. La terminología de la clasificación parental es un ejemplo típico; las clases de parientes entre las cuales, o de las cuales, se esperan tipos particulares de conducta se agrupan bajo el mismo nombre, de suerte que la ordenación de los nombres de los parentescos es paralela a la ordenación de los tipos de conducta. Por último, encontramos conducta simbólica en las "dramatizaciones", tan importantes en las culturas primitivas. Así, los acontecimientos o los modos de actuar importantes para la comunidad se representan en forma dramática en los contextos rituales, y el tema o asunto del drama ritual refleja (o "reduplica") los acontecimientos sociales de una manera notable. El análisis que Van Gennep hizo de los rites de passage ilustra claramente este punto; pudo demostrar cómo un cambio en las relaciones sociales, que acompaña, por ejemplo, a la adolescencia y la pubertad, reaparece en la ordenación del ritual, muchas veces en una estrecha correspondencia frase por frase, ilustrando el ritual sucesivamente cada una de las fases de la metamorfosis social: la separación del adolescente del grupo al que perteneció anteriormente; su situación marginal como individuo que ya no pertenece a un grupo sin haber sido incorporado aún a otro; y su reintegración final, con un carácter nuevo, a la sociedad adulta.

Pero son necesarios, sin embargo, los comentarios siguientes. La consecuencia o congruencia lógica aquí supuesta no impide la intervención también de un nexos finalista y utilitario. Los emblemas e insignias de afiliación a un grupo son asimismo, indudablemente, medios adecuados para el requisito práctico de que la pertenencia al grupo se haga visible; la terminología de la clasificación parental, como ya hemos dicho, también opera como un sistema de comunicación de "gran alcance", el cual es, además, un medio para conseguir un fin y las dramatizaciones, dedicadas a acontecimientos o modos de actuar "importantes", sirven igualmente para poner de relieve o para apoyar los fines sociales que tienen esa importancia. Lo que nos interesa aquí es que en cada caso se consigue ese fin por medio de una "reduplicación" de los tipos de conducta. Quizás podamos imaginar una sociedad en que los cambios en la afiliación a los grupos y en las relaciones sociales se efectúan simplemente por instrucción verbal, tal como: "De ahora en adelante te portarás de esta manera y no de ésta con estos individuos nombrados, o con todos los individuos de más edad que tú, o con todos los individuos que viven en esta comunidad", etc. No tenemos por qué discutir si eso sería practicable o no. Lo cierto es que tal método no es el único en

ninguna parte; siempre hay también conducta simbólica.¹⁷

Además, tenemos que advertir que la "reduplicación" en conducta simbólica da un alcance variable a nuestro primer tipo de consecuencia lógica. Aparte de la consecuencia mutua que prevalece entre los conjuntos conexos de conducta como tales, la ordenación interna de los tipos de conducta simbólica puede variar en consecuencia, en el sentido de que el mismo "motivo" puede difundirse con mayor o menor amplitud. Por ejemplo, los emblemas diacríticos de la pertenencia, a un grupo pueden derivarse todos del mundo animal, o pueden ser escogidos de diversas fuentes, de una manera inconsecuente (como ocurre con los sistemas totémicos de algunos clanes)..

Las dramatizaciones pueden (o no pueden) emplear el mismo tema en el drama ritual, por ejemplo, en los rites de passage, el tema de la visita al mundo subterráneo, o el de la intervención de los espíritus, o el de la muerte y la resurrección. Además, esa "difusión" puede afectar, no al contenido de lo expresado, sino a los principios formales u organizadores que gobiernan la expresión. Así, una terminología de la clasificación parental puede operar consecuentemente (o no) con el criterio de las diferencias de generación e ignorar consecuentemente las diferencias sexuales; hasta puede operar consecuentemente con el mismo principio de formación de palabras, expresando todas las diferencias de generación por medio de los atributos "grande", "pequeño", etc. Estas dos consecuencias, una que prevalece entre el sistema de símbolos y el conjunto de cosas simbolizadas, y la otra en el sistema de símbolos, con mucha frecuencia difieren en algún punto. Así, una terminología de la clasificación parental que opera consecuentemente con el principio de generación, muchas veces expresará distinciones que no son prácticamente importantes o dejará de expresar diferencias que sí lo son. Esto no hace más que indicar algo que también nos dice el sentido común, a saber, que no puede hacerse prevalecer de un modo absoluto la consecuencia; pero también indica que el aliciente para organizar consecuentemente un campo de conducta puede operar, de modo ocasional, con independencia de consideraciones utilitarias y finalistas.

- 3) Por último, siempre que hablamos de "valores" de una sociedad o cultura, admitimos también la efectividad de la consecuencia lógica. Porque por "valor" se entiende una idea digna de gobernar una clase de acciones y atribuir a cada una de ellas

Los modos de conducta que han de ser simbolizados evidentemente que muchas veces se prestarán a diferentes ordenaciones a base de criterios distintos, de suerte que son posibles en principio varias ordenaciones consecuentes de símbolos. La relativa importancia práctica de los distintos criterios puede muy bien ser decisiva; pero no tiene por qué ser sólo de una clase. Si, por ejemplo, en un sistema parental la generación es importante para ciertos derechos y deberes, el sexo para otros, la

¹⁷ Véanse anteriormente, pp. 154-5. c Véase anteriormente, p. 170.

ascendencia paterna o materna para otros aún, un sistema de símbolos que opere con el mismo "principio organizador" no podrá ser consecuente con la ordenación a que se refiere, en tanto que un sistema de símbolos consecuente con esa ordenación no podrá ser internamente consecuente.

La mayor parte, si no todas, de las terminologías parentales y los sistemas de símbolos de importancia práctica parecida ofrecen el aspecto de una transacción más o menos feliz. La calificación de "bueno" o "malo", "deseable" o "indeseable", según los casos. Por ejemplo, diremos que es un "valor" el patriotismo, o el amor a los padres, o la ostentación de riqueza, y cuando tomamos las respectivas formas de conducta como ejemplos o casos de un "valor" entendemos que se aplica consecuentemente tal o cual ideal de mérito o dignidad o las diversas maneras de actuar. Por lo general, sirve poco aislar lo puro consecuencia lógica en este nexo de conducta, ya que está implícito en nuestro mismo enunciado la existencia en la sociedad de una tabla de valores. Pero ese aislamiento resulta útil en determinadas circunstancias. Los valores pueden formularse específicamente en contextos fundamentales, como un credo religioso o una doctrina de la suerte que extiende su aplicación consecuente a otros contextos, de carácter práctico, se convierte en un verdadero problema. Asimismo, eso "difusión" (o "transferencia", como la hemos llamado más arriba) de un ideal de mérito o valor puede tener lugar en la dirección contraria, de intereses prácticos o una doctrina que los expresa y encarna. Sobre todo, la consecuencia entre ambos casos puede no mostrarse a la superficie; únicamente aislándola podemos demostrar la "adecuación" que une los respectivos modos de acción y hacer inteligible su observada co-existencia.

El nexo entre el protestantismo y el desarrollo del capitalismo, al cual se alude tantas veces, viene muy bien al caso. "Lo que algunas veces se sugiere... no es meramente una coincidencia de un movimiento religioso y un movimiento económico, sino una conexión lógica entre los cambios en la organización económica y los cambios en las doctrinas religiosas." 8 Y en realidad, esa conexión puede ser percibida y analizada.

Así, el calvinismo, al predicar la predestinación estricta, en que los esfuerzos para la salvación individual no cuentan para nada y cada oportunidad que se le ofrece al hombre forma parte de un designio divino, hizo la búsqueda de la riqueza y del éxito económico congruente con la gracia espiritual; de modo que la diligencia, el ahorro y el espíritu de empresa, y no el desprecio de los bienes materiales, se convirtieron en las virtudes del verdadero cristiano.¹⁸ Análogamente, se dice de las sectas puritanas que, al imponer un modo de vida metódico y racional y al exigir a sus secuaces que se "revelen" o sí mismos mediante triunfos de esa especie ante Dios y ante sus compañeros de creencias, "contribuyeron a liberar el espíritu del capitalismo moderno". Quizás parezca que estos ejemplos ilustran sólo una consecuencia que se extiende de la doctrina o lo práctico que lo estimula, y no de la práctica o lo doctrinal que lo legitima; pero la distinción o la fusión de los dos procesos no nos importan en este momento.¹⁸

¹⁸ R. H. Tawney (1936), p. 83. a *Ibid.*, pp. 108-11. 10 Max Weber (1948), p. 321.

FINALIDAD

Aquí nos encontramos inmediatamente con esta dificultad: ¿qué propósito o finalidad tendremos presente en nuestras explicaciones, la finalidad presente en las mentes de los actores, o la finalidad que nosotros, los observadores, encontramos representada en el nexo dado? ¿Nos basaremos en la idea de los actores de que un modo particular de conducta es el medio adecuado para alcanzar el fin deseado, o estamos en libertad de aplicar nuestro juicio propio y estimar los hechos observados según nuestros criterios de las relaciones adecuadas de medio o fin? En nuestro paradigma, correlación entre el nivel de vida y restricción de la natalidad, no se presenta esta dificultad, porque aquí los actores y los observadores comporten el mismo fondo cultural, y los móviles y consideraciones de los primeros son también los de los segundos, o por lo menos son fácilmente inteligibles para ellos. Cuando los primeros antropólogos hablaban con énfasis de que las culturas primitivas contrariaban nuestro modo de pensar, no querían decir, evidentemente, que los gentes actuaran sin ninguna finalidad consciente, sino meramente que actuaban de un modo aparentemente irracional que a nosotros, los observadores, nos parecía sin ton ni son, sin nada que pudiéramos identificar como un medio adecuado para alcanzar un fin inteligible. De la antropología moderna parece ser cierto precisamente lo contrario: porque hoy el observador descubre fácilmente el sentido de la conducta primitiva en las "necesidades" que satisface o en las funciones que desempeña, es decir, en una relación objetiva, de medio o fin visible para él, y no supuestamente seguida por los actores de un modo consciente.

No servirá de nada considerar sólo la finalidad "subjetiva" de los actores y su concepción de un modo de actuar como "medio", y de otro como "fin"; pues por convincente que esa estimación de la situación pueda ser para los actores, no tiene por qué satisfacerlos en lo que respecta al "derecho" con que existe realmente este nexo de conducta. Por otro parte, elaborar una finalidad ulterior de que no tienen conciencia los actores, constituye un principio explicativo de un orden más indirecto y remoto que por el momento no nos interesa. Sostengo, pues, que la categoría ex-

plicativa de finalidad es aplicable primordialmente a las relaciones entre acciones en que el nexo de las intenciones subjetivas coincide con el de una finalidad "objetiva" inteligible para el observador. En otras palabras, aquí nos ocupan relaciones racionales entre modos de acción.

El concepto de racionalidad, tan usado en las obras sociológicas y antropológicas, necesita algún comentario. Lo tomamos aquí como significativo de finalidad más que otra cosa, a saber, el hecho de que los pasos dados para conseguir el propósito o finalidad parezcan por su naturaleza adecuados y empíricamente seguros. Atribuimos racionalidad a las secuencias de conducta si son analizables en términos de medios a fines, o dicho con más precisión, en términos de una adecuación intrínseca de

medios a fines de que tienen conciencia los actores y que el observador, valiéndose de su conocimiento, empírico, puede discernir y comprobar." Pareto habla en el mismo sentido -con palabras no del todo felizmente elegidas- de acciones "lógicas", es decir, de acciones "lógicamente" unidas hacia un fin desde el punto de vista del actor tanto como desde el punto de vista del observador y de su mayor conocimiento. Ninguna otra definición de racionalidad es adecuada; porque si consideramos únicamente la adecuación de medios a fines "subjetivamente estimada, casi todas las formas de conducta humana tendrían que ser consideradas racionales (salvo las producidas por reflejos o por algún otro impulso involuntario); y si consideramos sólo la adecuación "objetiva", la racionalidad no haría más que reflejar el conocimiento y comprensión de que es capaz el observador.

Advirtamos que al referirnos al conocimiento empírico en toda estimación de la conducta racional, nos referimos al conocimiento de la eficacia causal de las acciones o de los materiales que se usan en ellas, conocimiento que poseen tanto los actores como el observador. Ya hemos hablado de esta causalidad ubicua, que también está subyacente en esas conexiones de finalidades; pero notemos además que el conocimiento del observador tiene que ser más extenso que el de los actores, para que no carezca de sentido toda su investigación; pues si el conocimiento del observador no es más extenso, no podría saber cuándo están siendo adecuadamente usados los medios, y cuándo los actores obran con una comprensión insuficiente o equivocada de la situación. En realidad, el "conocimiento más extenso" del observador debe entenderse que significa (como Parsons ha dicho) el conocimiento más extenso de que dispone su civilización y su clase de humanidad: las del científico.

El conocimiento empírico que debemos atribuir a los actores plantea un problema más complicado. Como lo que nos interesa son las sociedades y las culturas, podemos, evidentemente, no confiar en el conocimiento que posee este o aquel individuo; pero tampoco podemos confiar en el conocimiento más extenso disponible en la sociedad, ya que puede no representar el género de conocimiento que guía las acciones de la gente corriente. La persecución de las minorías muy bien puede representar un modo de acción racional por parte de los líderes o de algunos sectores de la población que, por ese medio, se libra de competidores o consigue algún beneficio que desea; pero las masas del pueblo pueden unirse al movimiento y, en realidad, llevarlo al triunfo sin haber calculado de ese modo los medios adecuados para determinados fines. Por el contrario, la obediencia irracional de una población a los mitos y las creencias en lo sobrenatural puede ser utilizada por los Platones proveedores de "nobles mentiras", como un medio cuya eficacia ha sido probada empíricamente y que sirve a un fin cuyo valor ha sido minuciosamente calculado. Parecería, pues, que debemos considerar independientemente el conocimiento disponible en cada clase interesada del pueblo, de suerte que tendremos que distinguir entre el viejo y el joven; entre la élite social y la masa; entre los líderes y sus secuaces; y- quizás entre hombres (que suelen ocupar las posiciones influyentes) y mujeres. Pero si tomamos la sociedad en conjunto, incluyendo a la vez jefes y súbditos, ¿no estimaremos la racionalidad de sus modos de conducirse a base del conocimiento más extenso que poseen aquellos que en realidad la dirigen? Probablemente lo haremos así, con los requisitos necesarios. Es decir, no contaremos con "tipos ideales", y ni

siquiera con simples términos medios, sino con niveles diferenciales de conocimiento, uno de los cuales tomaremos -y lo justificaremos explícitamente-- por representativo.

Volvamos al nexo racional de las acciones. Ahora bien, no debemos concebirlo de un modo demasiado estricto, como un nexo entre dos modos de conducta íntimamente conectados que actúa sobre otro con la misma derechura y exclusividad con que una herramienta actúa en la tarea a que está destinada. Más bien debemos concebirlo como un nexo entre tipos de conducta relativamente encerrados en sí mismos, gobernado cada uno por su propia finalidad y llevando al otro últimamente, con frecuencia de un modo indirecto y, en varias etapas. En otras palabras, estamos tratando con un ajuste mutuo de finalidades en una situación total, y todo lo que nuestro criterio exige es que en ese ajuste sea discernible la relación de medio a fin. Y un modo de conducta no es invariablemente el medio, y el otro el fin para el cual se emplea ese medio particular; sino que los dos pueden representar medios para un fin idéntico, ya esté explícitamente enunciado o tácitamente supuesto. Los modos de conducta pueden apoyarse unos a otros, como en las co-variaciones paralelas; por ejemplo, cuando encontramos que la organización de los jóvenes en regimientos de edades va de la mano con las reglas del celibato, las dos formas de conducta son medios complementarios para el mismo fin: la creación de una fuerza militar eficaz, suficientemente preparada y sin el estorbo de vínculos maritales o cuasi-maritales. Además, los dos modos de conducta pueden estar en relación inversa, y revelarse como medios alternativos, válido el uno donde el otro no lo es; así, las estrechas relaciones entre parientes en las asociaciones de ayuda mutua y de confianza específica, realizan cada una a su modo el mismo fin deseado: la seguridad contra los riesgos de la producción. El éxito económico y los delitos contra la propiedad pueden, de manera análoga, reemplazarse mutuamente como medios alternativos para obtener las cosas necesarias a la vida. Esta correlación de alternativas figura de manera prominente en el análisis social. Siempre estamos a la mira de finalidades que de alguna manera tienen que realizarse y que explican los modos variables de conducta como otros tantos medios apropiados en circunstancias diferentes.

Finalmente, el ajuste mutuo de finalidades no siempre es expresado en términos positivos, como un acuerdo de finalidades apropiado para otro. Muchas veces es más adecuado hablar, negativamente, de incompatibilidad de finalidades, y decir de un modo de acción que impide otro deseable y esperado. La organización de los adolescentes es un caso en que los regimientos de combate u otros grupos de edad análogos parecen corresponderse con el celibato o con el matrimonio tardío; aquí, en realidad, las personas mismas pueden expresar ese nexo en términos negativos, como hacen ciertas tribus nubas cuando dicen que no se puede al mismo tiempo tener a los hombres en pie de guerra y dejarlos casarse, aunque el matrimonio sea considerado generalmente como cosa deseable. Si las situaciones de este tipo se expresan con la fórmula: si hay que alcanzar el fin A, el fin B no puede alcanzarse al mismo tiempo (y B' tiene que ser substituído), también nos encontramos con correlaciones que implican una doble negativa, por decirlo así, del siguiente modo: puesto que el fin A no puede ser alcanzado, porque el modo respectivo de conducta ha fracasado en su propósito, tampoco puede alcanzarse B, y B', es substituído. Aquí A y B representan la conducta "normal", o sea la conducta esperada, y B' un modo de acción que se aparta

conscientemente de una norma que ya no es compatible con la situación. La correlación clásica entre la subida del precio del pan y el aumento del número de robos es un caso que viene a cuento, como todas las correlaciones análogas entre la presión económica y la delincuencia; porque la presión económica significa el fracaso de las actividades productoras para conseguir su fin: la obtención de las cosas necesarias a la vida; de ahí que el respeto "normal" a la ley y la propiedad no se considere ya como cosa meritoria y lo reemplace un modo de actuar conscientemente "anormal": el delito.

Como ya he dicho, muchas veces es cuestión de preferencias personales el enunciar positivamente el nexo racional de conducta, en términos de un acuerdo de finalidades o propósitos, o negativamente, en términos de su incompatibilidad; en casos de esta especie un tipo de enunciado se transforma en el otro simplemente por la elección apropiada de palabras. Por ejemplo, puedo enunciar la correlación entre la organización eficaz para la guerra y el celibato de los jóvenes como tal, positivamente, más bien que, decir que la primera impide el matrimonio temprano; o puedo decir que la subida del nivel de vida va junta con una natalidad baja, y no que aquella es antagónica con la formación de familias numerosas. Pero fácilmente se advertirá que estas dos maneras de enunciar nuestros hechos son sólo superficialmente la misma; porque implican supuestos definidos, y en cierto sentido opuestos, en cuanto a la normalidad o deseabilidad de la conducta en cuestión. Cuando elegimos la enunciación positiva, exponemos el nexo de conducta observado sin pronunciarnos acerca de él, como un hecho, sin valorarlo; mientras que la enunciación negativa lo representa como un caso de desajuste, como un fracaso en el propósito de realizar un estado de cosas que aprobamos tácitamente. Ahora bien, podemos no tener opción en el asunto y ser incapaces de modificar el sentido negativo de nuestros enunciados. Evidentemente, es lo mismo que digamos de cierto modo de conducta que es correlativo (negativamente) a la legalidad y el orden, o (positivamente) al aumento de la delincuencia; en ambos casos hay la implicación de desajuste, fracaso o anormalidad. Quizás esto es cierto aun de los ejemplos antes citados, porque las expresiones "celibato" y "restricción de la natalidad" no son completamente neutras, sino que implican, por lo menos para los observadores formados en nuestra civilización, cierta sugestión de anormalidad.

Como quiera que sea, parece que estamos justificados en usarlas sólo cuando los actores estiman de igual modo la situación en este sentido negativo.

Tal será el caso, con frecuencia. Los actores pueden, en realidad, considerar abiertamente la solución "anormal" como la única practicable en las circunstancias, como el mal menor, por decirlo así; a la manera de, la tribu nuba que impone el celibato en beneficio de la eficacia militar. Sospecho que casi lo mismo puede decirse de las sociedades que viven sobre un nivel marginal de subsistencia (como los esquimales y los campesinos chinos), que practican el infanticidio a pesar de su amor a los niños y de su deseo de prole. Son éstos aún casos de elección racional cuya comprensión no ofrece problema: Pero además puede no haber elección; las correlaciones de hechos-sociales que efectivamente existen pueden ser consideradas inequívocamente como indeseables y equivalentes a fracasos de ningún modo planeados ni esperados. Así, ninguna sociedad se propone tener pobreza, hambre, desempleo, delincuencia y todos los demás aspectos de la "patología social". Pero estos fenómenos se presentan en co-

variación regular con otros modos intencionales de conducta destinados a operar como medios adecuados para la consecución de 'un fin beneficioso. Aquí, pues, la finalidad "subjéctiva" afecta a fines deseados que ríon son conseguidos, o por lo menos no lo son plenamente; mientras que "objetivamente" hay una conexión entre modos de conducta que no van destinados a ese propósito.

¿Podemos todavía, en este caso, hablar de relaciones racionales de medios a fines? ¿No relegaremos, más bien, todo este campo de fenómenos a la 'esfera de la acción irracional y' de lo irrazonable en la sociedad? No me cabe duda de que hasta esas conexiones las entendemos en términos de 'racionalidad'; todavía vemos en ellas la elección de medios adecuados para la consecución de fines deseados, aunque en algún lugar de ese nexo tienen que haber entrado en juego efectos no calculados por los actores. Más precisamente, en esas conexiones operan, en forma encadenada distintas relaciones de medio a fin. Los actores sólo pueden calcular los eslabones adyacentes de la cadena, pero no los eslabones finales, que, para ellos, son inesperados o por lo menos no queridos. En la investigación social, los eslabones finales se destacan, como fenómenos co-variantes, y la "adecuación" que nosotros los observadores descubrimos en ellos es aún la adecuación de medios que llevan a fines, aunque, como he dicho más arriba; llevan a ellos indirectamente y tras muchos -pasos. En otras palabras, los actores actúan racionalmente, pero con conocimiento o control insuficiente de la situación total" ,`

En el caso más sencillo, nuestro conocimiento, más extenso y menos tendencioso que el de los actores, puede permitirnos poner el dedo en algún error concreto de cálculo y en el sitio donde las cosas empiezan a ir equivocadamente. Así, podemos ser capaces de demostrar que el fracaso de una economía agrícola simple es debido, digamos, al sistema de herencia, que implica una fragmentación excesiva de la tierra; o que la inestabilidad del matrimonio va unida a un sistema parental rígido que no permite la adopción de las esposas en el grupo del marido; o que el aumento de la delincuencia es un sub-producto del desarrollo industrial rápido e incontrolado, que entraña una redistribución en gran escala de la población y repetidas crisis y oleadas de desempleo.. Pero, evidentemente, nuestro conocimiento no siempre es tan seguro, ni más extenso y de más confianza que el de los actores; ni es inmutable. Es relativo, y cambia con los tiempos y con las perspectivas generales de nuestra civilización. En los primeros días de nuestro triunfal progreso tecnológico hubiera sido una herejía dudar de que estábamos en el umbral de Utopía e insinuar que la delincuencia, la pobreza y el desempleo eran cosas inherentes a ese progreso..

Sobre todo, hay el problema de saber sobre qué bases juzgar de la normalidad o anormalidad de una situación y demostrar qué cosas han "sido equivocadas". Hasta ahora hemos supuesto que los actores y los observadores aprecian la situación en el mismo sentido negativo. Evidentemente, no tiene por qué ser así; y si no es así, tenemos que abstenemos de todos esos enunciados evaluativos o hacernos cargo de que pretendemos ser jueces del valor de las acciones que observamos, de la utilidad de los fines tras los cuales se esfuerza la gente, y de su excelencia en comparación con los medios por los cuales son alcanzados. Parece difícil evitar, esto último. Si hallamos que un pueblo dedica todas sus energías, aunque sea con éxito, a la guerra y la

conquista, a costa de innumerables vidas y de la estabilidad de las familias; o que un sistema económico eficazmente basado en la competencia más despiadada se mantiene a costa de una pobreza muy extendida y de iniquidades sociales, nos sentimos tentados a hablar una vez más de "fracaso" y, si no de objetivos "irracionales", por lo menos de objetivos conseguidos inicualemente. En realidad, aún sin comprometernos tan plenamente, nuestra elección de las palabras puede alguna vez traicionarnos; porque cuando hablamos (como lo hacemos con frecuencia) de fines conseguidos "a costa de" ya expresamos juicios de esa clase. Pero si los actores no tienen idea del costo de sus fines declarados, ¿debemos nosotros no resistir a esa tentación hasta el punto de podar nuestro vocabulario y hacerlo verdaderamente neutral? Si no lo hacemos, se nos acusará de ir más allá del campo legítimo de la investigación. Porque probablemente se dirá que no es cometido nuestro sopesar la excelencia de los fines ni de los medios, sino únicamente apreciar la adecuación de estos últimos, tomando por dados los primeros. Ciertamente, el criterio de racionalidad no es aplicable ya cuando consideramos las acciones como fines en sí mismas; no son racionales ni irracionales, sino simplemente deseables o no deseables, buenas o malas, es decir, conformes o no conformes con los valores en que creemos. Si analizamos y estimamos también éstos, lo hacemos como filósofos sociales y no como investigadores afanados en comprender las conexiones descubribles entre los modos de actuar.¹⁹

Este argumento es válido, indudablemente, para gran número de hechos sociales. Pero repitamos otra vez que no lo es para todo el campo de las cosas sociales. En alguna etapa de su análisis, el investigador social se convierte inevitablemente en un filósofo, y tiene que formular objetivos o finalidades absolutos, y una excelencia de las acciones que se merezca confianza a sí misma, ya que sin estos supuestos su misma materia carecería de sentido, simplemente; de suerte que no puede sino ver éxito y fracaso en los modos de acción -o en ciertos modos de acción- que describe. Pero tenemos que dejar por el momento estas perspectivas más amplias de nuestra investigación.

Quizás parezca que la categoría de las acciones formulada arriba, que son "incorrectamente" racionales, es decir, que son ejecutadas con "conocimiento insuficiente" de la situación, incluye también todas las formas de conducta que habitualmente se describen como mágicas y religiosas y tendientes al dominio sobrenatural de la naturaleza. La diferencia, sin embargo, parece clara. En el caso de acciones incorrectamente racionales la finalidad confesada de los actores (prosperidad material, estabilidad del matrimonio, etc.) es empíricamente posible, y los medios empleados (un sistema de herencia, una técnica de producción, una organización parental) son intrínsecamente capaces de conseguirla, aunque la misma clase de medios serían más eficientes si se les modificara de cierta manera. En el caso de los objetivos sobrenaturales, la finalidad confesada o bien no puede en absoluto ser

¹⁹ Max Weber se refiere a situaciones de este tipo cuando habla de formas de acción "finalistas-racionales" que no son "correctamente racionales" (*Richtigkeitsrational*), es decir, que no están orientadas también por un tipo de corrección "objetivamente válido" (1913, pp. 409-10).

alcanzada empíricamente, o bien no puede serlo por los medios que efectivamente se emplean. En otras palabras, los actores no sólo actúan con conocimiento insuficiente, sino que actúan en contradicción con todo conocimiento empírico, a no ser, desde luego, que nuestro propio conocimiento sea todo él erróneo. Pero, indudablemente, los actores obran intencionalmente y emplean lo que para ellos son medios adecuados. Esto plantea una cuestión de más alcance: ¿Cómo tenemos que tratar las conexiones entre modos de acción que son racionales sólo "subjétivamente", pero irracionales o (según la terminología de Pareto) no lógicas "objetivamente"? Dicho con más precisión: ¿Cómo tenemos que comprender las situaciones en el caso de que el observador no pueda aceptar la opinión de los actores de que están empleando medios adecuados para conseguir los fines deseados?

Hay que decir, ante todo, que no podemos hacer nada con un nexo de conducta que tiene sentido para los actores, pero que carece en absoluto de él para nosotros; será ininteligible, sencillamente, aunque, como veremos, es poco probable que se presente esta contingencia. Lo que ocurre, sin embargo, es que nosotros, los observadores, encontramos una especie diferente de sentido en el nexo de conducta: una adecuación o propiedad de que no tienen conciencia los actores. Primeramente, podemos discernir un nexo causal en lo que los actores toman por un nexo de medios a fines. Ocurre así con todas las racionalizaciones (o "superracionalizaciones", si se me permite acuñar esta palabra) ofrecidas por las gentes para conexiones causales que no comprende. Recuérdense, por ejemplo, ciertas curas mágicas o religiosas que, sin embargo, son efectivas; para el pueblo, representan modos de conducta apropiada para conseguir una intervención sobrenatural y, en consecuencia, los beneficios deseados, mientras que nosotros podemos demostrar que los resultados beneficiosos se deben a la acción de un mecanismo terapéutico puesto en marcha por una supuesta actividad mágica.

En segundo lugar, podemos descubrir una especie de racionalidad diferente, "objetiva", en acciones cuyas finalidades subjetivas podemos descartar como empíricamente imposibles. Una vez, las prácticas religiosas y mágicas ofrecen ejemplos típicos. Así, encontramos en muchas comunidades campesinas primitivas reglas rígidas que no permiten la recolección y el consumo de los productos primarios sino después de haber sido realizados ciertos sacrificios o ritos. La finalidad declarada de esas reglas es la perpetuación de la fertilidad de la tierra, que, según las creencias, sufriría daño si no fuesen respetados esos tabús. Valiéndonos de nuestro conocimiento general, podemos substituir la adecuación mística admitida por una adecuación empírica; porque podemos sostener que los tabús en cuestión permiten a los hombres expertos controlar esas importantes actividades, de modo que el trabajo se coordine eficazmente, se evite la disipación prematura de las existencias de alimentos, y quizás también el peligro para la salud que puede suponer el consumo de frutos inmaduros.

En tercer lugar, podemos sobreponer una finalidad racional "objetiva" a la subjetiva, no porque esta última sea falsa, sino porque, hablando sin ambages, creemos que en la situación hay más de lo que ven los actores. Esto es cierto en gran número de casos en que la finalidad admitida es meramente el fin próximo de obedecer a una costumbre que nadie discute, o de obrar de acuerdo con una tradición aceptada

más o menos a ciegas. Si aquí nos sentimos obligados a ir más allá de la finalidad manifiesta-que guía a los actores, lo hacemos porque ésta expresa inadecuadamente el resultado de sus acciones, es decir, porque no explica satisfactoriamente la correlación entre modos de conducta que observamos en la realidad²⁰.

Aunque yo haría la misma distinción, no me parece que la terminología que proponen sea un progreso. Las funciones "latentes" mismas, si en efecto pueden ser manipuladas por el observador, tienen que estar "manifiestas" para él de alguna manera; me parece también que va contra el uso consagrado de "funantropológicos" modernos están llenos de finalidades o funciones de éstas, descubiertas en los hechos, aunque difieren entre sí mucho en cuanto a su grado de abstracción y, por lo tanto, en su capacidad para ser empíricamente demostradas y comprobadas. Si la utilidad práctica de los ritos de las primicias se coloca en un extremo de esa escala de abstracción, en el otro encontramos interpretaciones como éstas: la religión mantiene el "sentido de dependencia" del individuo respecto de la sociedad; la exogamia protege la unidad del clan de "los excesos del sexo"; al hechicería "proporciona medios para desviar los impulsos hostiles contra los parientes" y "objetiva la ansiedad" de un modo socialmente ventajoso. Podemos ver que una utilidad práctica limitada, fácilmente demostrable en circunstancias específicas, se convierte en una utilidad válida en un sentido absoluto, medida con la vara de la solidaridad social o de la supervivencia del grupo, e implica supuestos que parecen rehuir toda comprobación a no ser mediante experimentos imaginarios.

De esa vara de medir y de los supuestos de que se deriva tendré más que decir en un capítulo posterior. Aquí sólo debo tomar en cuenta esta última cuestión: ¿Cómo tenemos que describir la génesis de situaciones de esta clase cuando la sociedad y la cultura parecen "pensar por" los individuos y hacerles perseguir fines valiosos por medios adecuados bajo la apariencia de finalidades "falsas" y medios "irracionales"? Al emplear la metáfora de que la cultura "piensa por" el individuo, no quiero implicar una inconsciencia colectiva, ni una mentalidad de grupo, ni ninguna entidad metafísica parecida. La metáfora quiere representar las circunstancias tal como existen en el momento de la observación. Si fuese posible seguirles el rastro hasta su primera emergencia, también sería posible seguirlo a las innovaciones, descubrimientos o invenciones hechas por los individuos, casualmente o de propósito, y perpetuadas por otros para su utilidad efectiva. Pero apreciar la utilidad de los resultados finales es una

²⁰ Ya descartemos la finalidad declarada por su falsedad empírica (como en nuestros dos primeros ejemplos), o por su inadecuación (como en el tercero), en uno y otro caso abandonamos la categoría explicativa de finalidad tal como la definimos originariamente. Ya no confiamos en la coincidencia de las finalidades "subjetiva" y "objetiva", sino que descubrimos la finalidad (o racionalidad) en los nexos de acciones observados; les atribuimos una utilidad que los actores no buscan conscientemente, y una eficacia que sólo inconscientemente comprueban. Podemos decirlo del siguiente modo: Hacemos que la sociedad y la cultura piensen por las personas, y que los hábitos y las costumbres realicen relaciones de medio a fin que trascienden del conocimiento o de la capacidad de comprensión individuales. Tratamos aquí con una clase nueva de concepto explicativo, a saber, con finalidades o (como solemos decir) funciones sociales ulteriores. Los textos algunos antropólogos norteamericanos han sugerido que las relaciones de medios a fines de esta clase ulterior debieran llamarse "funciones latentes", por contraposición a las "motivaciones que estimulan al individuo", que representarían "funciones manifiestas" (C. Kluckhohn, 1944, p. 46).

cosa, y comprender su por qué y su para qué otra muy distinta. El nexo de causa y efecto o de medios y fines muy bien puede haber sido mal comprendido por los inventores o por sus sucesores, ya que sólo podían valerse del conocimiento entonces prevaleciente; o quizás fue mal interpretado intencionalmente, para hacerlo aceptable al modo de "decisión" extender la palabra a finalidades y propósitos conscientemente sustentados. pensar de la época y del lugar. Así, las acciones de una élite más ilustrada se convierten en posesión cultural de un grupo más extenso, enmascaradas por "nobles mentiras" o por las racionalizaciones de lo que pasó en el momento para el sentido común.

CAUSALIDAD

El punto que deseo tratar puede ser muy bien ilustrado con un ejemplo ficticio, si bien no tan traído por los cabellos como puede parecer. En el libro III de La República, recomienda Platón que sean obligadas para los compositores ciertas escalas musicales, y que las demás se prohíban; porque," como Platón dice haber observado, estas últimas, de origen asiático, son dañosas para la moral y para las virtudes marciales. (Una idea parecida inspiró La sonata a Kreutzer, de Tolstoy.) Ahora bien, Platón supone, evidentemente, que los individuos que practican y escuchan la música son también ciudadanos y soldados del Estado, o. por. lo menos estarán en contacto con ellos y podrán influir en su conducta. En este respecto, su teoría (o especulación) satisface nuestra condición fundamental, a saber, que los modos correlatos de conducta tienen que entrar en contacto en las mentes de los actores. Platón supone, además, que el escuchar tal música tiene un efecto psicológico duradero, y debilita o refuerza, según los casos, determinados rasgos de la personalidad. Para Platón era importante la correlación observada (suponiendo que en realidad la haya observado) entre las es(musicales y la moral, pues estaba respaldada por una teoría de eficacia psicológica de la música generalizada desde Pitágoras; para nosotros significará algo más que -una coincidencia sólo si compartimos las ideas de Platón (u otras análogas) sobre psicología. Pero si tuviésemos buenas razones para compartirlas, éste sería un ejemplo preciso de la causalidad mecánica psicofísica que nos sirve como concepto explicativo o "intermediario".

Concebimos un modo de conducta o de experiencia (la práctica musical) que produce, vagamente hablando, estados mentales, los cuales a su vez producen el modo correlato de conducta (la moral de los ciudadanos y los soldados). Más exactamente, comprendemos los fenómenos co-variantes colocando entre ellos un mecanismo que convierte un modo de conducta y de experiencia en otro. Y ese mecanismo es visible en un nivel de análisis más profundo que aquel en que son examinados los fenómenos covariantes mismos, a saber, en el nivel de la psicología o la fisiología. Es un mecanismo en el pleno sentido de la palabra, porque su efectividad no depende, básicamente, de las intenciones ni del conocimiento de los actores. El mecanismo descubre intenciones, deseos conscientes, necesidades, etc.; pero éstos son los resultados finales de procesos que en sí mismos son inconscientes o por lo menos involuntarios. Mientras en el caso de la consecuencia y la finalidad lógicas suponemos

que los modos de conducta correlatos se conectan en el conocimiento de los actores y mediante la acción de su intelecto, ahora no hacemos tales suposiciones. Nos limitamos a diagnosticar, por nuestro conocimiento de las disciplinas en cuestión, un estímulo y una respuesta, un proceso psicofísico y sus síntomas externos, y damos un nombre al "mecanismo oculto" que hace la conexión. Repito una vez más que admito que éste puede operar inconscientemente, de suerte que nuestro conocimiento de la causalidad psicofísica, a diferencia de la consecuencia o la finalidad lógicas, no tiene un duplicado "subjetivo".

En nuestro ejemplo ficticio la explicación causal de la supuesta coincidencia del estilo musical y de la moral cívica puede parecer absurda, pero lo es únicamente porque el conocimiento psicológico subyacente no es sólido o no está suficientemente comprobado. Pero como hasta el conocimiento más sólido de esta clave pertenece a una disciplina distinta de la investigación social, muy bien puede no ser familiar, en alguna fase, a muchos estudiosos de la sociedad y, cuando se le usa en explicaciones sociales, parécese traído por los cabellos y aún abstruso. No creo que este punto necesite prueba especial; la primera reacción de muchos antropólogos ante los hallazgos del psicoanálisis es prueba suficiente. Más adelante examinaremos la utilidad y solidez de las explicaciones psicoanalíticas y psicofísicas de otro tipo, de los fenómenos sociales. Lo que sostengo aquí es que tenemos siempre que confiarnos a estas disciplinas vecinas y estar dispuestos a esas explicaciones "traídas por los cabellos". Es indudable que este hecho es obscurecido con frecuencia. Los antropólogos también parecen capaces de presentar explicaciones causales de los fenómenos sociales que, lejos de ser "traídas por los cabellos", son inteligibles y al mismo tiempo parecen no implicar semejante confianza en los hallazgos especiales de la psicología o la fisiología. Pero esto no quiere decir que los antropólogos prescindan en realidad de ese conocimiento prestado, sino únicamente que es tan familiar que se da por cosa sabida. Si es tan familiar porque es confirmado por el conocimiento de sí mismo que todo observador tiene, o porque se ha generalizado mucho, es asunto que podemos dejar a un lado. En ambos casos, el conocimiento se ha convertido en sentido común. Por eso comprendemos inmediatamente la correlación, que hay, por ejemplo, entre las guerras prolongadas y el derrumbe de la moral; porque nuestro conocimiento general, y nuestro conocimiento psicológico quizás tácito, nos hacen ver una relación de causa y efecto entre la frustración y la represión de los deseos y las necesidades normales, por una parte, y su estallido y su satisfacción incontrolada, por la otra (aunque el psicoanálisis probablemente iría más lejos y demostraría también otro nexo causal, a saber, un nexo entre la sexualidad y la agresión). Y cuando Durkheim relaciona el suicidio "anémico" con los reajustes súbitos impuestos a la sociedad, con igual rapidez y por el mismo proceso intelectual captamos el vínculo que hay entre esas perturbaciones de la estabilidad y la seguridad de la vida y la disposición de los individuos a buscar un escape por el suicidio.

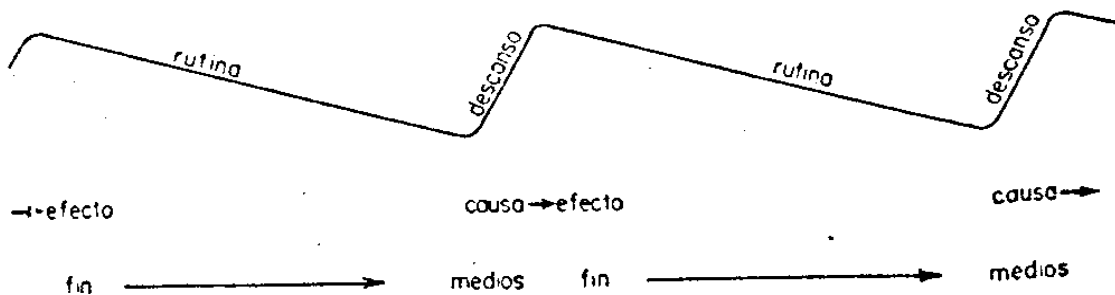
Como, en las explicaciones basadas en la finalidad, volvemos, a basarnos en un conocimiento empírico que cambia y progresa. Puede decirse legítimamente que las conexiones causales entre modos de conducta inadvertidas hasta hace poco tiempo hoy son conocidas, y este proceso probablemente se repetirá en lo futuro a medida que sea más profundo y más seguro nuestro conocimiento de los mecanismos

psicofísicos. Estoy hablando de conexiones "inadvertidas", no de conexiones percibidas pero no inteligibles inmediatamente. Porque normalmente no pasamos de una etapa en que podemos demostrar co-variaciones entre fenómenos sociales sin captar todavía su "adecuación" o sentido, a otra en que la psicología o la fisiología nos han provisto de lo que nos faltaba. Para decirlo una vez más, empezamos siempre por una sospecha o una teoría de conexiones significativas, y no con la búsqueda al azar de variaciones que puedan resultar significativas. Es cierto que los psicólogos sociales muchas veces acentúan la importancia de su trabajo de observación antropológica como suscitador de problemas cuya solución tiene que encontrar la psicología. Pero lo que aquí ocurre es que ciertos datos descriptivos sugieren al psicólogo la presencia de un mecanismo psicológico importante, que él analizará y tratará de aislar, y lo formulará como un principio explicativo; la búsqueda que el antropólogo hace de co-variaciones en el campo social será orientada por este nuevo conocimiento, bien sea conocimiento ya seguro o sólo de tanteo todavía. Por consiguiente, es improbable que el descubrimiento de regularidades en la conducta social preceda a su comprensión a base de las teorías psicológicas. Esto resuelve una cuestión de que ya hemos hablado, a saber, si hay correlaciones sociales que, al tiempo de ser descubiertas, sean ininteligibles. En realidad, como ahora vemos, esta cuestión no existe.

REGLAS DE APLICACIÓN

El estudio anterior ha dejado indefinida en gran parte la interrelación de nuestras tres categorías explicativas. Hasta cierto punto, previmos que no pueden mantenerse siempre separadas, como si cada una de ellas se aplicase únicamente a su 'campo peculiar de fenómenos sociales. En el caso de la consecuencia lógica, por lo menos, advertimos que las tres categorías de explicación podían parecer aplicables a la misma situación social. Como veremos, este mismo tipo de imbricación tiene también lugar en las explicaciones basadas en la finalidad y en la causalidad psicofísica. Se suscita, pues, la cuestión de saber si es posible formular una regla que gobierne la aplicación de nuestros conceptos explicativos y diga cuándo y dónde es apropiado o pertinente cada uno de ellos. Es tentador contestar afirmativamente y formular por lo menos una regla de precedencia. Podemos sostener que, cuando es inteligible en términos de consecuencia lógica o de finalidad racional un nexo de conducta, ya hemos captado su, "adecuación" y significado pertinentes, y no necesitamos ir más lejos; mientras que, cuando estas dos categorías son inaplicables, esto es, en el campo de las acciones "irracionales" o "no lógicas", se requieren y son apropiadas las explicaciones a base de la causalidad psicofísica. Esta es, en esencia, la opinión de Max Weber y de Pareto. Quizás parezca que podemos llevar este punto, de vista aún más lejos. Pues, como la conducta social es, ex definiciones, finalista, todo nexo finalista perceptible que recubra en parte a un nexo lógico predomina sobre éste y tiene la prioridad. La consecuencia lógica se convertiría, así, en una categoría residual de primer grado, por decirlo así, y la causalidad psicofísica en una categoría residual de segundo grado; regla de precedencia que cumpliría, dicho sea de paso, la ley de parsimonia del filósofo. Asimismo, resolvería también la cuestión planteada anteriormente, relativa a 105 títulos de una sociología encerrada en sí misma, "pura". Su campo se extendería tanto como

las explicaciones a base de consecuencia lógica y de finalidad racional, es decir, como las explicaciones que implican el no tomar conceptos de otras disciplinas. Y sólo cuando estas explicaciones fracasaran, nos veríamos obligados a admitir conceptos extraños prestados, a confiarnos a niveles inferiores de análisis y a invocar los "mecanismos ocultos" de la psicofísica.²¹



Temo que regla tan sencilla no sea posible. Por lo menos dos de nuestras categorías de explicación -la racionalidad y la causalidad psicofísica- con frecuencia parecen inseparables en el mismo nexo de conducta, y los distintos tipos de "adecuación" nos parecen igualmente importantes y convincentes. Esto es cierto, desde luego, de todas las conexiones de conducta racionalmente dirigidas a la consecución de una satisfacción psicofísica; porque aquí comprendemos la racionalidad: de la conducta, es decir, comprendemos que los propósitos declarados son verdaderos propósitos, y que los medios empleados son medios adecuados, sólo porque comprendemos también los mecanismos psicofísicos que entran en juego. Veamos la relación familiar entre la rutina cotidiana y las instituciones recreativas de las vacaciones y las fiestas. Todas las sociedades funcionan con una alternativa regular de este tipo, y nosotros comprendemos claramente su finalidad racional: evitar el tedio o la fatiga de una rutina prolongada y la consiguiente disminución de la eficiencia, permitiendo así que la rutina se mantenga con eficacia. Pero admitimos este vínculo de finalidad sólo porque sabemos ciertas cosas acerca del funcionamiento del organismo; sabemos que la dedicación ininterrumpida a tareas rutinarias produce tedio y fatiga, que esto provoca el deseo de cambio y de descanso, y que el estímulo ofrecido por estos últimos facilita la reanudación del trabajo rutinario. Muy bien puede parecer innecesario mencionar especialmente este nexo causal subyacente en un nexo finalista; pero es innecesario únicamente porque lo damos por cosa sabida. La explicación sociológica "pura" sólo es "pura" en la medida en que el "mecanismo oculto" es demasiado conocido para que haya que referirse a él explícitamente; y una vez que nos hayamos referido a él explícitamente, operamos con conceptos extraños y prestados.

Pero también hay ejemplos de estas explicaciones enlazadas en que la

²¹ Algunos psicólogos piensan de un nodo muy parecido. Kardiner, por ejemplo, cree que los nodos de acción racionales y lógicos -"instituciones de origen puramente racional"- no le competen al psicólogo ni forman parte del objeto de su estudio (1939); pp. 1, 4S5.

referencia a los mecanismos psicofísicos no es eclipsada por su familiaridad. Recuérdese la bien conocida correlación entre la presión económica y la hostilidad hacia los extranjeros o hacia las minorías raciales. Además, podemos señalar un motivo completamente racional: el deseo de reducir o de suprimir la competencia; pero también tenemos que contar con la posibilidad de que la misma reacción sea producida por los mecanismos inconscientes, que el psicoanálisis ha revelado, de la frustración-agresión y de la caza de la víctima propiciatoria. En realidad, es posible que el fin racional declarado de eliminar la competencia resulte no ser en absoluto un verdadero fin, sino meramente una de esas racionalizaciones contra las que tenemos que estar siempre en guardia.

Permítaseme, por último, citar un ejemplo en que se combinan las tres categorías de explicación. Mencionamos antes la correlación entre las guerras y la relajación moral como un caso de causalidad psicofísica. Ahora bien, este nexo puede ser a la vez finalista-racional, porque los actores obrarán muchas veces finalistamente de acuerdo con una máxima cuya propiedad comprendemos fácilmente: "Gocemos mientras podamos, porque podemos morir mañana." Y también, la sociedad puede perdonar esos excesos como medio para alcanzar un fin definido, a saber, que los actores sigan realizando sus esfuerzos útiles. Además, el principio de consecuencia lógica puede unirse a los otros; porque al desconocer las convenciones de la moral, el pueblo puede estar movido también por el deseo o el impulso de extender el modo de pensar que entraña la guerra -según la cual quedan en sus penos la moral y la disciplina normales- a las circunstancias de la vida en tiempo de paz.

Si, pues, es inaplicable nuestro sencillo canon de precedencia y la ley de parsimonia no ofrece una guía, es imposible predecir, por consideraciones generales, cuándo son legítimas las explicaciones sociológicas "puras", y cuándo deben admitirse las explicaciones extrañas, psicofísicas, en vez de aquéllas, o además de ellas. En la práctica, esto significa que con frecuencia tendremos que explicar la conexión de los fenómenos sociales a base de "en parte esto" y "en parte aquello". No veo modo de eludir esta dificultad, si tal falta de pureza se considera una dificultad. Cuándo sea éste el caso, dependerá de la medida en que la psicología pueda explicar el nexo de los fenómenos que observamos en el campo social. Así, si queremos juzgar de las pretensiones de la sociología pura, tenemos que partir, no del examen de lo que puede hacer, sino más bien del extremo opuesto, del examen de lo que pueden hacer las otras formas de análisis. En otras palabras, debemos proceder de un modo puramente pragmático y por vía de eliminación. Delimitar la eficacia de las explicaciones sociológicas, o sea "extrañas", será delimitar la autonomía que podemos atribuir a las leyes o regularidades "puramente" sociales.

Eso constituirá el programa del capítulo siguiente. Sin embargo, por motivos puramente prácticos me propongo reducirlo considerablemente. Aunque en este estudio hemos examinado sólo un tipo de explicación extraña, a base de psicología, su alcance es, naturalmente, mucho mayor. Como hemos dicho anteriormente, debe incluir explicaciones a base de regularidades biológicas y de mecanismos puramente fisiológicos, y descansaría, así, en el estudio de la genética, de la herencia y de la raza, y en el de la influencia del medio físico sobre el organismo humano a través del clima,

de la nutrición, etc. Me propongo dejar a un lado todos estos problemas, por las razones siguientes. La influencia de la herencia, la raza y el medio físico sobre la conducta social ha sido estudiada amplia y sabiamente por otros autores, y son pocas las cosas útiles que pueden añadirse a lo que ellos han dicho. Además, están de acuerdo casi por completo. Pocos autores negarán hoy que los factores de la herencia, del medio, etc., no pueden explicar plenamente las regularidades de conducta que llamamos "sociales" o "culturales", y que el campo de la sociedad y de la cultura conserva cierta autonomía, irreductible por este tipo de punto de vista extraño. Realmente, aun cuando este punto de vista indica tal condicionamiento extraño de la conducta humana, dicho' condicionamiento no sólo es limitado, sino también dudoso, y en la etapa actual de nuestros conocimientos nos permite hablar sólo de una manera vaga y poco comprometedora de causas y efectos posibles o admisibles. Sobre todo, esas influencias extrañas, en la medida en que existen, no obligan al organismo humano de un modo puramente mecánico a obrar de determinada manera, sino que ejercen esa coacción por medio de la organización psicofísica, es decir, por medio de los impulsos, necesidades, deseos y móviles humanos de todas clases. De suerte que nuestro análisis de dicha organización dilucidará la fase final importante de las influencias extrañas, cualquiera que sea su origen: la acción del clima y de la nutrición, o los genes y los cromosomas. La cuestión de la autonomía o no autonomía de las regularidades sociales deberá ser tratada, pues, como una cuestión entre la antropología y la psicología.

Sin embargo, antes de emprender dicha tarea tenemos que examinar otra consecuencia, teórica ésta, de la imbricación de nuestras categorías explicativas. El punto que deseo tratar es que esa imbricación hace imposible muchas veces identificar los componentes de un nexo de conducta como antecedente y consecuente, respectivamente. Ahora bien, sea cualquiera el concepto explicativo que adoptemos, predicamos una relación de esa clase. Esto es manifiesto en el caso de la causalidad psicofísica; en el caso de la consecuencia lógica, cuando decimos que ciertas ideas; valores o principios organizadores se. "difunden" a través de diversos contextos de actividad, por lo menos implicamos la posibilidad de señalar un antecedente; y cuando hablamos de relaciones de medio a fin, vemos definidamente una causalidad a tergo, es decir, vemos que el fin es dado primero y que después determina la elección o realización de los medios. En todos estos casos asignamos a uno de los hechos correlatos el papel de determinante, y al otro el de determinado. En otras palabras, respaldamos una clase de "adecuación" (lógica, finalista) visible en los' hechos, con, otra, a saber, la adecuación o exigencia más satisfactoria: la causalidad entendida en su sentido más general.

Hablo aquí de "antecedente" y "consecuente" en un doble sentido, igualando una secuencia temporal concreta entre los fenómenos correlatos con su interdependencia causal. Y no puede ser de otra manera; porque no podemos hablar inteligiblemente de que una cosa determina o produce otra sin suponer que ésta sigue a aquélla. Es cierto, sin embargo, que podemos no observar esta secuencia temporal, como sucede con las co-variaciones que tienen lugar simultáneamente en el momento de la observación. Por ejemplo, al establecer la correlación entre la disminución de la natalidad y la elevación del nivel de vida, probablemente observamos los dos procesos juntos y no podemos

demostrar que el primero ocurre tanto y cuanto tiempo antes de que se haga efectivo el segundo. Aún así, si es que comprendemos el nexo, lo comprendemos como un nexo entre un antecedente y un consecuente proyectado, aunque sea de manera vaga o especulativa, en una escala temporal.

Dejemos este punto por el momento y volvamos a la pregunta: ¿qué clase de prueba nos permite estimar nuestros hechos en este sentido? Me parece que usamos tres criterios, separadamente o en combinación. Primero, podemos observar realmente la secuencia temporal en que los fenómenos correlatos siguen el uno al otro. Esto puede tener lugar en una escala semihistórica y colectiva, ocurriendo los acontecimientos o los modos de conducta correlatos en períodos sucesivos de la vida del grupo, como cuando observamos la decadencia de la moral como consecuencia de la guerra o por lo menos como una fase de la vida del grupo que aparece cuando la otra fase, la guerra, lleva ya algún tiempo de duración. O la secuencia temporal puede ser de alcance reducido y en escala individual, ocurriendo los acontecimientos o los modos de conducta correlatos simultáneamente en el grupo pero sucediéndose unos a otros en las vidas de los individuos. Así, en la correlación entre la organización guerrera y los grupos de edad en las sociedades primitivas, no observamos un hecho social como tal sucediendo a otro, sino que observamos que los individuos ingresan primero en los grupos de edad y después se dedican a tareas militares. Si no fuera así, y, el orden temporal se invirtiera, no concluiríamos, evidentemente, que la eficacia guerrera es el "fin" deseado y la organización de los grupos de edad el "medio" requerido.

En segundo lugar, cuando no es observable la secuencia temporal, la distribución estadística de las covariaciones aún puede indicar qué es lo determinante y qué lo determinado." En tercer lugar, nuestro conocimiento empírico general nos obligará con frecuencia a aceptar una relación de esta clase más bien que otra, ya que una interpretación diferente de nuestros hechos nos parecería inverosímil o hasta absurda. Es difícil de definir ese conocimiento general; incluye todas nuestras experiencias previas de secuencias temporales, de co-variaciones, o del mecanismo causal válido en situaciones análogas, así como también nuestro conocimiento de conexiones que se extienden más allá del nexo realmente examinado. Juntas, estas clases de conocimiento constituyen una certeza a priori de que los hechos examinados sólo pueden estar agrupados de esa manera, y no de otra. Así, cuando descubrimos que la delincuencia juvenil está estrechamente relacionada con un bajo nivel de ingresos, no tendremos dudas acerca de cuál es el antecedente y cuál el consecuente; y cuando señalamos la correlación entre la organización de grupos de edad y la guerra regular, difícilmente creemos que la segunda es producida por la primera.

La guía que ofrecen estos tres criterios probablemente faltará sólo en el caso de la consecuencia lógica; aquí podemos ser realmente incapaces, por lo menos en el momento de la observación, de estimar el nexo observado en términos de antecedente y consecuente, de suerte que únicamente podemos afirmar la existencia y extensión del nexo. Así, cuando averiguamos que los mismos valores dominan las creencias religiosas y la vida política de cierta sociedad de cuya historia no tenemos testimonios, sólo podemos decir que los dos modos de conducta son interdependientes; y cuando observamos que el mismo principio organizador, la afiliación matrilineal, pongamos por

caso, gobierna la herencia de la tierra, la sucesión en los títulos o los oficios, la terminología parenta, las prohibiciones matrimoniales y las observancias religiosas, no podemos señalar la esfera de conducta en que el principio emergió por primera vez, por contraposición con otras en que se ha "difundido"; aunque, por consideraciones generales, probablemente sostendremos que la terminología parental no puede haber precedido a la aparición real de las relaciones que registra, o (me nos convincentemente) que los modos de conducta relativos a las necesidades de la subsistencia tienen que tener la primacía sobre todos los demás. Ahora bien, la misma dificultad de identificar el antecedente y el consecuente se presenta también en situaciones sociales abiertas a la doble explicación finalista y de causalidad psicofísica; y se presenta no porque estén ausentes las circunstancias que nos permiten identificar esa relación, sino porque, en cierto sentido, la anulan.

Hagamos esto más claro con un ejemplo que ya hemos citado. Al hablar de la alternación de trabajo rutinario y de descansos institucionalizados, dijimos que allí un nexo racional-finalista implica otro causal. psicofísico. Advertimos, sin embargo, que no coinciden los dos lisa y llanamente, sino en una secuencia temporal transportada, por decirlo así. Porque si en el nexo psicofísico correspondiente la probabilidad de descanso (la causa) precede a la eficacia sostenida del trabajo rutinario (el efecto), en el nexo finalista el efecto es previsto como fin deseado, y la causa se presenta como el medio empleado para conseguirlo. Esto puede representarse gráficamente en la siguiente curva del ritmo de trabajo rutinario y descanso:

Las conexiones causal y finalista, pues, no se duplican simplemente la una a la otra; la primera es utilizada por la segunda y acoplada dentro de ella. Como la existencia social descansa sobre la recurrencia regular de modos de acción, y por lo tanto sobre la posibilidad de conseguir los estados mentales o físicos conducentes a dicha recurrencia, esa secuencia "transportada" tiene que ser ampliamente típica de todas las explicaciones que combinan la interpretación finalista y la psicofísica. Y en esas situaciones no podemos pronunciarnos sobre ninguna relación inequívoca de antecedentes y consecuentes; todo sobre lo que podemos pronunciar-

Una cosa lleva realmente a la otra, aunque sólo fuese por medio de un experimento imaginario. Si los grupos de edad son realmente medios adecuados para conseguir la eficacia militar, esta última intención tiene que haber precedido a ese tipo de organización de los adolescentes; pero igualmente, esta organización debe haber existido antes que las hazañas militares, o su eficacia para aquel fin no hubiera podido ser estimada, ni mantenido intencionalmente el nexo entre ambas cosas. Por lo menos, los actores tienen que haber comprobado cuán mal les iba sin esta organización de la adolescencia, a la cual llegarían entonces por argumento racional o por tanteos. No quiero sugerir que nos permitamos especulaciones de este tipo; pero sí sugiero que éstas son posibilidades siempre implícitas, aunque sólo sea tácitamente, en todas las explicaciones finalistas. Y no es paradójica esta antagónica secuencia temporal; porque podemos representarnos fácilmente la doble relación de medios a fines y de causas a efectos como un proceso gradual en que, paso a paso, la una se va ajustando a la otra; es decir, se prevé un fin, aunque vagamente; se observan efectos causales que sugieren un medio satisfactorio, hasta que ha sido plenamente probado y acomodado al

fin deseado el medio apropiado.

En realidad, algunas veces podemos aislar una fase decisiva de este proceso. En otra parte describí cómo en una tribu nuba dispersada hacía poco tiempo sobre una zona extensa apareció una costumbre nueva, destinada conscientemente a mantener vinculados los grupos diseminados." En dicha tribu las diferentes secciones locales celebraban torneos anuales de lucha para mantener reunida a toda la población en esta actividad colectiva. Últimamente, las secciones que viven más apartadas acordaron también cambiar. entre sí toros con aquella ocasión, y los visitados ofrecían ese regalo a los visitantes. Las gentes afirman francamente que la nueva costumbre tiene por objeto servir de aliciente para mantener viva la práctica tradicional a pesar de la dispersión local, y dicen también que "no es necesario" hacer lo mismo en el caso de los grupos que viven próximos. Aquí, pues, se previó claramente un "fin", y se buscaron los medios adecuados para alcanzarlo; asimismo, ya era conocida la eficacia de dichos medios, porque se copiaron de una tribu árabe vecina. Sobre todo, podemos observar la marcha gradual del proceso, porque este nuevo expediente dejó de ser eficaz en algunos casos después de varios años; de modo que, si el "fin" en cuestión es deseado aún, habrá que encontrar y probar algún medio nuevo más eficaz.

Sin embargo, muchas veces observamos sólo la fase final del proceso, y sólo podemos definirla a base de una interdependencia recíproca entre modos de acción o acontecimientos que co-varían simultáneamente. Así, nos sirven de poco los conceptos de antecedente y consecuente, aunque su importancia no desaparece por completo; todavía seguimos creyendo que los fines producen los medios. Pero esta relación no puede ya ser traducida a una secuencia temporal concreta, ni a un nexos inequívoco entre cosas determinantes y cosas determinadas. Los antropólogos modernos conocen muy bien esta ambigüedad y, como los físicos, y en parte por la misma razón, tienden a abandonar el antiguo nexos irreversible de causa y efecto por la relación reversible y mutua de mera interdependencia "funcional". Pero parecía importante señalar que no es la categoría de causalidad la que es inaplicable o inútil en investigación social. Más bien es la fusión de los aspectos causal y finalista en el mismo tipo de fenómenos co-variantes la que borra la secuencia temporal, y por lo tanto la irreversibilidad, de antecedente y consecuente.²²

²² El concepto de "función" representa "la interdependencia de los elementos de un modo más completo y preciso" que el de causa-y-efecto, ya que muchas formas de interdependencia física son "simultáneas y recíprocas" y no reversibles en el tiempo (E. Mach, 1920, pp. 278-9). Es lamentable que la palabra función haya llegado a usarse por lo menos con dos sentidos diferentes, significando "interdependencia" y "finalidad ulterior" (véanse pp. 2967). Esta ambigüedad, sin embargo, no puede evitarse, y todo lo que podemos hacer es especificar en cada ocasión en qué sentido usamos la palabra (véase también más adelante, p. 394).